Guillermo de Nassau

ó

el siglo XVI en Flandes

Ramirez

GUILLERMO DE NASSAU,

ó

EL SIGLO XVI EN FLANDES.

DRAMA

ORIGINAL EN CINCO ACTOS.

POR

D. Nemesio Ramirez y Losada.



MADRID.

IMPRENTA DE ALBERT.

1840.

PERSONAGES.

MARGARITA DE AUSTRIA, *duquesa de Parma.*
GUILLERMO DE NASSAU, *príncipe de Orange.*
CARLOS, *page.*
ELVIRA DE VARGAS.
JUAN DE VARGAS.
ALBERTO FERNAN PEREZ.
EL CONDE DE EGMONT.
EL CONDE DE HORN.
RICARDO GROTS.
LEONOR, *aya de Elvira.*
Damas.—Soldados.—Pages.—Religiosos.—Pueblo.

La accion pasa en Bruselas por los años de 1566 á 1567.

Se hallará en la librería de Boix, calle de Carretas.



ACTO PRIMERO.



Un salon en el palacio de la regencia: tres puertas en el fondo; la de en medio abierta: las de los lados cerradas. A la derecha una mesa y un sillon ducal: á la izquierda otra puerta.

ESCENA I.

MARGARITA, JUAN DE VARGAS.

Marg. Tales son las órdenes de mi hermano: los que no quisieron someterse y protestaron contra el santo tribunal de la inquisicion, doblarán la cerviz ante el que se ha instituido por mandato del Rey y que vos presidís. Os encargo la mayor severidad, y al propio tiempo la mas estricta justícia. No ignorais los crimenes que especialmente se deben castigar: primero el de rebelion; despues el de luteranismo. Para apagar la hoguera de la heregia, hoguera que descuidada podria consumirnos, es forzoso emplear medios violentos, pero no por eso menos saludables. Los caudillos de la insurreccion deben colocar su cabeza bajo la segur del verdugo...

Vargas. O su cuerpo sobre la leña ardiendo.

Marg. Es cierto: la necesidad nos hará tal vez crueles... Pero... no podría suprimirse ese suplício horroroso?...

Vargas. Imposible, señora:..es menester que el castigo sea tremendo para que aterre y contenga á los sediciosos.

Marg. Veo que eran inutíles mis prevenciones para qué fueseis severo... quízas cruel... Conociendo sin duda Felipe vuestro càracter firme, os eligió de entre todos sus vasallos para el cargo importante que desempeñais... Me parece que no quedarán defraudadas sus esperanzas.

Vargas. Yo tambien lo creo, señora... Cuando mi rey y se-

ñor tuvo á bien nombrarme para la presidencia del tribunal, no se me ocultó la magnitud de mis obligaciones. Ecsaminé mis fuerzas y me hallé con las suficientes para sostener el peso de aquellas. Mis primeros actos han merecido la aprobacion de V. A... Se han hecho escarmientos saludables, y con el rigor hemos conseguido lo que jamas se hubiera logrado con la clemencia. Si ayer hablaba un imprudente de los actos de la regencia, hoy ya sirve su cabeza de escarmiento, colocada en las inmediaciones de Bruselas. Qué importa que entretanto se llame secretamente al tribunal *El consejo de la sangre*?.. Dia vendrá en que los mismos flamencos que tan obcecados se muestran ahora, conozcan la estension de los beneficios que les hemos hecho.

Marg. Cómo ha recibido el pueblo la noticia de las victorias conseguidas por nuestras tropas?

Vargas. Con el mayor júbilo. Todas las casas se han adornado é iluminado al instante.. en virtud de una órden del tribunal que impone al que así no lo haga la pena de destierro. Todos han aprovechado con placer esta ocasion de manifestar su obediencia y su respeto á las leyes.

Marg. Os recomiendo asimismo la mayor vigilancia. Uno de nuestros espias me acaba de decir que se trama otra nueva conspiracion, sumamente ramificada.

Varg. Perded cuidado, Señora. En este momento puedo nombrar ya á V. A. algunos de los principales conjurados. Ricardo Grots es uno de ellos, y el dedo invisible del tribunal le ha señalado ya como á una de los primeras víctimas. Le dejamos que conspire para castigarle despues á la manera que el águila deja descender á su presa para echarse de improviso sobre ella y devorarla. El Conde de Sta. Aldegonda, ese orgulloso Felipe de Marnix, gemirá tambien dentro de poco en las mazmorras del tribunal... Los condes de Egmont y de Horn estan cuidadosamente espiados... Ved esta lista, Señora; antes de que raye el alba estarán asegurados todos los que comprende.

Marg. (*Leyendo.*) Ricardo Grots... Felipe de Marnix (*Acabando de leer.*) ¡Diez y nueve!... ¡Aun mas sangre!...

Varg. V. A. misma lo acaba de decir: nuestro soberano recomienda la mayor severidad.

Marg. ¡Ah!.. Es cierto!

Varg. Vuestro page Carlos comienza à infundirme sospechas.-Le he visto dirigirse varias veces hácia el sitio en que celebran sus juntas los conjurados.-Que se atreva, y la cuchilla de la justicia le alcanzará á él como á los demas.

Marg. Sois demasiado suspicaz. No ignorais que Carlos es el protegido del principe de Orange.

Vargas. Esa razon mas en mi apoyo: Guillermo de Nasau es reservado; pero sin embargo Guillermo de Nasau conspira contra nosotros.

Marg. Qué decís?.. Juan de Vargas, guardaos de tomar en boca al príncipe de Orange, guardaos de espiarle... Su calidad de individuo de mi consejo le pone á cubierto de toda asechanza... Ademas, debeis acordaros de que nada puede hacerse sin órden mia, porque soy la regente, la gobernadora, y vos tan solo un súbdito de mi hermano. Bien sabeis los poderes de que estoy investida.=Aqui represento à Felipe de Austria; à vuestro soberano; por lo tanto tengo derecho à exigir que se me obedezca completamente.

Varg. Muy elevado es el puesto que ocupa el príncipe de Orange; pero la espada del tribunal lo está todavia mas... No calumnio á nadie, señora .. si lo mandais callaré ahora, y cuando os presente pruebas irrefragables, se convencerá V. A y firmará la sentencia que se fulmine sobre los culpados. Y de otro modo os acarreariais el enojo de Felipe II de Austria, y no seria su hermana la que ocupase la silla de la regencia. No existe un solo individuo en todo el reino que no esté bajo la jurisdiccion del tribunal... ni uno, ni siquiera uno.

Marg. (*Levantándose con enojo.*) Os equivocais... Yo no lo estoy.

Varg. (*Con frialdad.*) Sois la duquesa de Parma, es cierto... la gobernadora de los Paises Bajos, la esposa del duque Octavio, la hija de Carlos V... Pues sin embargo, conspirad contra Felipe II y Margarita de Austria, comparecerà ante nosotros como si fuese una muger del pueblo. En el tribunal desaparecen las categorias; no se juzga por la clase del criminal, sino por el delito que ha cometido.

Marg. Qué osadia!.. Os atreveis à insultarme?.. Juan de Vargas, el cadalso está levantado para vos, como para el último plebeyo. Repetid esas palabras, y mañana yo misma os acusaré ante el consejo de haberme faltado al respeto, y ultrajado à vuestro rey en mi persona. Sed prudente, Vargas, yo os lo aconsejo.-Sois presidente del tribunal... pero si quiero, con solo escribir dos palabras, volvereis á España hecho un objeto de desprecio, de irrision para todo el mundo. Sois rico y estais colocado muy alto: mas en un instante puedo despojaros de vuestra clase y de vuestras riquezas. Todo esto lo puedo yo, y todo lo haré si volveis á usar de ese lenguage.

Varg. (*Fuera de si.*) ¡Señora!

Marg. (*Con dignidad.*) Retiraos. (*Vargas sale por la puerta de enmedio, dirigiendo una mirada rencorosa á Margarita.*)

ESCENA II.

MARGARITA, UN PAGE.

Marg. He humillado su orgullo... ahora conocerá cuál es la distancia que nos separa.

Page. S. A. el príncipe de Orange. (*A una seña de Margarita le introduce y se retira cerranda la puerta.*)

ESCENA III.

MARGARITA, GUILLERMO DE NASSAU.

Guill. Todavía no se ha apagado, señora, la sed de sangre del tribunal?.. O era menester para saciarla la de Cárlos Marnix?

Mar. No os comprendo.

Guill. Cómo!.. Será posible que lo ignoreis?.. Esta mañana una mano alevosa ha hundido siete veces un puñal en el seno del hermano de Santa Aldegonda.

Marg. Sin mis órdenes! Y se han atrevido?..

Guill. Inútil será que protesteis. Ese asesinato judicial se ha hecho en virtud de una órden del tribunal, que ha

tenido la singular clemencia de permitir que el noble patricio no pereciese como un vil delincuente. Al menos el cadalso del traidor, no sirvió para el leal caballero:... en las tinieblas de una cárcel sufrió una muerte gloriosa... sí gloriosa, porque fué por la independencia, por la libertad de su patria.

Marg. Dios mio!..

Guill. No nacisteis, señora, para cohonestar esos actos de crueldad... las lágrimas os asoman á los ojos.--Creedme Margarita, renunciad la regencia... Qué bienes os resultan de ella?.. Ninguno, solo inquietudes, remordimientos, cuidados... y os atraeis sobre vos las maldiciones de un pueblo entero.

Marg. Las maldiciones?..

Guill. Sí, señora. Vuestro nombre y el del tribunal son de execracion para todos... de oprobio para los que los llevan. El tierno niño que comienza á hablar apenas, os maldice ya, porque oyó que su madre os maldecia:.. el anciano y el jóven, el hombre como la muger, todos al rogar por sus padres ó por sus hijos al supremo Hacedor, mezclan con la súplica palabras de venganza sobre vosotros, y todos ruegan que la justicia divina caiga sobre la cabeza de sus tiranos. El pueblo es justo, Margarita, y del mismo modo aborrece á los que le usurpan su libertad, que ama á aquel que rompe sus cadenas.—Cuando se promulga una de esas leyes sanguinarias dictadas por el rencor y por una voluntad absoluta, los ciudadanos corren á encerrarse en sus casas por no oir vuestro nombre y para fulminar sobre vos anatemas é imprecaciones. Al veros, todo el mundo se esconde; el que humilla su frente, ó es un vil adulador, ó un hombre tímido que se asusta de vuestro poder. Nadie os ama, nadie... Un solo hombre hay en Bruselas que os conoce y os compadece... ese soy yo.

Marg. Qué quereis que haga esta pobre muger oprimida por el consejo y por Felipe, detestada tanto de la nobleza, cómo del pueblo?.. Hablad, príncipe de Orange; siempre os he consultado; por consejo vuestro hice partir de aquí al obispo de Arras, á aquel Granvela que tanto odiábais; por consejo vuestro envié á la cór-

te de mi hermano al baron de Montigni y al marqués de Mons... Y de qué sirvió?.. De nada: se trató á los nobles enviados con desprecio, se les consideró como sediciosos, y últimamente han sido presos. Quisísteis que transigiese con el conde de Brederode; comenzaron las negociaciones; pero el vasallo del rey de España, se burló de la credulidad de Margarita, y rompió de nuevo las hostilidades.-Qué quereis que haga, decid?

Guill. Nada... nada, porque no teneis facultades para obrar libremente.-Nunca he conocido muger tan desdichada como vos, Margarita .. desde que comenzásteis á abrir los ojos á la luz de la razon, habeis sido oprimida, violentada cual nadie de este mundo. Y nadie en él habrá merecido tanto como vos ser feliz. Por eso os amé, señora, por eso...

Marg. (*Con inquietud*) Guillermo!.. (*Recorriendo el salon.*)

Guill. (*Amargamente.*) Hubiérais sido dichosa conmigo... Me amábais como yo os amaba... Tal vez nuestro enlace hubiera aquietado las turbulencias de este pais... Olvidásteis lo que suele olvidar una muger cuando llega á querer..... me confiasteis vuestro honor, y yo no supe conservarlo!-Margarita, yo esperé borrar mi falta, y hacer que la iglesia lavase vuestra honra...

Marg. Por Dios! Callaos!

Guill. Pero el rey de España ordenó à su hermana que aceptase por esposo al duque Octavio Farnesio, y Margarita de Austria sumida en el dolor y en la desesperacion, se acercó al altar, pronunció un sí... y desde entonces fue la duquesa de Parma. Aquel dia os maldige à vos, à vuestro hermano, al duque... á nuestro... hijo.

Marg. ¡Ah!! (*Dejándose caer en un sillon y cubriéndose el rostro con las manos.*)

Guill. Sí, maldije al fruto de nuestro amor... y mi mano armada de un puñal, se levantó contra el pecho del desventurado...

Marg. ¡Qué horror!...

Guill. Iba ya á dar el golpe, iba á manchar el acero en mi misma sangre... pero el pobre niño dormia tranquilamente... una sonrisa angelical se dejaba ver en sus labios, la sonrisa de la inocencia... Tres veces levanté el

brazo y otras tres le bajé estremecido... con una resolucion desesperada me acerco al lecho .. Mi hijo abrió los ojos, me miró y volvió á sonreir... sus labios temblaban... alargábame sus manos yertas... Ah!.. ¡Mi hijo pedia misericordia!..

Marg. Silencio!... Silencio por Dios!...

Guill. No vivirá para mí, dije: pero al menos no cometeré este crimen. Al dia siguiente le dí el postrer abrazo y me despedí de él para siempre... Dos horas despues se hallaba en camino para España, y yo le habia perdido para no volverle á encontrar jamás.

Marg. ¿Por qué me atormentais de esta manera?... ¿Por qué destrozais mi corazon con esos recuerdos?...

Guill. Veinte y dos años hace que nació nuestro hijo... sí, nuestro hijo, señora... y nunca descansó en el regazo de su madre, y jamás acalló su llanto el que le dió el ser... y bajará al sepulcro sin que haya conocido ni al uno ni al otro, sin que haya dicho «madre mia» sin que su alma se haya estasiado con este nombre... Empero, vos teneis otro hijo, que mostrais con orgullo á todos, que lleva vuestro apellido y el de su padre, mientras que el mio ni le lleva ni le llevarà..., mi maldicion es la que le acompaña eternamente.

Marg. Príncipe de Orange, habeis faltado à la promesa que me hicisteis... habeis quebrantado el juramento que os exijí...

Guill. Sí, juramento que repugna á la naturaleza... ¡La madre de mi hijo exigió que nunca le hablase de él!...

Marg. ¡Por compasion!..

Guill. Ratifico solemnemente lo que os prometí... jamàs os volveré á decir nada del infeliz. Perdonadme que en un momento de exaltacion lo haya olvidado.

Marg. Una advertencia debo haceros. Se sospecha ya de vos... en todas partes estais espiado.--Guillermo de Nassau, acordaos de que sois el único apoyo de vuestro hijo.

Guill. ¡Si eso no fuera! Ah! (*Abrese la puerta del fondo, y entran las damas y pages de Margarita. Cárlos se dirige hácia esta, que se limpia apresurada los ojos: Guillermo exala un gemido.*)

ESCENA IV.

Dichos, Carlos, Damas, Pages.

Car. La nobleza de Bruselas reunida en los salones de palacio, solo espera que se presente V. A. para comenzar la funcion.

Marg. Es verdad; ya lo habia olvidado.—Principe de Orange, espero veros en ella.

Guill. Al momento voy á reunirme á V. A. (*Margarita sale con sus damas y pages.*)

ESCENA V.

Guillermo, Carlos.

Car. A la verdad; ¡qué injusto es el pueblo en odiar á la duquesa!

Guill. Luego, tú no la aborreces?

Car. Aborrecerla? Mi vida daria por ella... Y me parece que es muy desgraciada: ahora estaba inmutada y llorosa... Ah! si fuera mi madre la duquesa, qué placer tendria en consolarla, en enjugar sus lagrimas!.. (*Desde ahora hasta el fin del acto se oye una orquesta que toca en los salones de adentro.*) Ya estará en la funcion recibiendo el homenage de todos los que la rodeen, y será por eso feliz? .. que le parece á V. A.?

Guill Ya olvidas lo que tantas veces te he prevenido. Sabes que no admito de ti ese tratamiento y que quiero que siempre me hables como un hijo á su padre.

Car. Sois un ángel! ¡Qué dichoso seriais unido á la duquesa! Pero, por qué os estremeceis? ¿Os sentís indispuesto?

Guill. No, no prosigue... Me divierte tu alegria.

Car. Y decidme, por qué quereis que os llame padre? Seguramente vos no podriais serlo mio.

Guill. (*Agitado*) Por qué?

Car. Sois tan joven... yo ya voy á cumplir veinte y dos años, cuando vos solamente tendreis...

Guill. He cumplido cuarenta.

Car. Nadie lo dirá: pues entonces bien podia yo ser vuestro hijo. Si lo fuese!.. Dios mio!.. Si yo tuviera tan solo un amigo, una persona que me dijese: «Este es tu apellido» ¡Pobre de mi! no sé siquiera como me llamo, ni á quienes debo la existencia... Estoy solo en el mundo, sin tener nadie que se interese por mí. Ah! No sabeis, Señor, lo que es ser desconocido en la tierra: no tener uno quien le tienda una mano benéfica para libertarle del abismo en que tal vez va à hundirse... Y en mi infancia jamas ha habido una persona que me amase: jamàs me he dormido en el regazo maternal; mi cuna estuvo siempre desierta como un sepulcro. Sí; mis padres abandonaron á su hijo con la mayor crueldad... Pero qué teneis? ¿por qué temblais?

Guill. Nada, nada.

Car. Lo veo: os interesa mi situacion. Cuánta diferencia hay entre vos y el que me dió el ser!!. Vos me amais y mi padre repudió inhumanamente al que era de su misma sangre.

Guill. Calla, calla, yo te lo suplico.

Car. Mal hago en afligiros; pero perdonadme: he querido desahogar en vuestro seno el dolor que aflige á mi corazon. ¿Por qué no me ahogaria mi madre entre sus brazos antes que arrojarme solo al universo?..

Guill. Cómo, hubieras preferido la muerte?

Car. Mil veces.

Guill. Ah!

Car. Pero qué digo ¿no he encontrado ya un padre? Si: vos lo sois mio, ¡y he podido afligiros!.. Voy á ver si os alegro contándoos mis amores.

Guill. Tus amores, Carlos?

Car. Si estoy loco, loco de enamorado! ¿Acertais de quién?

Guill. De alguna dama de la duquesa?

Car. No; de Elvira de Vargas.

Guill. De la hija del fanatico presidente?..

Car. Sí: por su desgracia. ¡Es tan buena! Nos amamos tan de veras!.. Todas las noches renovamos nuestros juramentos en el jardin de su casa, por supuesto siempre en presencia de su aya Leonor... Y sin embargo de todo esto, os confieso que no soy feliz.

Guill. No? ¿pues qué mas puedes desear?

Car. Vais á saberlo. ¿Creéis que puedo ser dichoso ignorado y oscuro? no: quiero un nombre ya que no heredado de mi familia, adquirido al menos por mis hechos ó por mis virtudes; y mientras no le posea, jamas pensaré en la mano de Elvira. Tengo un corazon ardiente, Señor, y este corazon ha suspirado como el de todo flamenco por la libertad de su patria:.. ha jurado romper las cadenas que la oprimen ó perecer.

Guill. (*Con ansiedad.*) Tú, Carlos?..

Car. Yo, sí señor. Aunque soy pobre y desvalido, amo tal vez mas á mi pais que cualquiera de esos grandes, de esos nobles orgullosos que vanamente ostentan su poderio y sus riquezas. Sí; he jurado empuñar las armas y no dejarlas hasta vencer á nuestros tiranos ó morir.

Guill. Hijo mio!

Car. Nuestra causa es sagrada, empero si Dios no nos favoreciese, sufriremos una muerte gloriosa: la posteridad recordará con orgullo nuestros nombres, y bendecirá á los que fueron mártires de la libertad.

Guill. Cárlos!

Car. No os parece noble mi empresa? Tal vez perezca en ella; pero me impulsan á seguirla dos poderosos motivos: mi amor á Elvira y á la libertad de mi patria. Nunca os hubiera hecho esta confianza si no fueran notorios vuestros sentimientos: todo el mundo os hace justicia; nadie ignora que temblais de indignacion viendo á vuestros conciudadanos hechos un objeto de vergüenza y de vilipendio, arrastrando las cadenas de esclavos, y sufriendo la ley de la mas cruda tirania. nadie ignora que habeis jurado odio eterno á ese tribunal ecsecrable, á ese asilo de la barbarie...

Guill. Silencio, Carlos, silencio, ó nos perdemos!...(*Guillermo arrastra á Carlos hasta la puerta del fondo haciéndole callar: queda la escena un instante sola y luego aparece Fernan Perez que entra como recatándose.*)

ESCENA VI.

ALBERTO, FERNAN-PEREZ.

No hay nadie... puedo entrar sin recelo. «En el salon de audiencia, á las once de la noche.» Bien.., creisteis que nadie os escuchaba, y sin embargo no fué asi. (*Recorriendo el salon*) Detrás de esta puerta todo debe oirse perfectamente; aqui pues me esconderé. (*Momento de silencio.*) Y es este Fernan-Perez, el oficio que tú debias seguir? Sí: el hijo de una gitana debia de llegar con el tiempo à ser espia del tribunal... Pero el hijo de Fernan-Perez, célebre por su nobleza y por sus hazañas, debia aspirar á mas alto puesto. ¡Miserable condicion de la vida humana! Triste mezcla de pobreza y de poderio !...(*Pausa*) Elvira, tú no vistes un mi sino al hijo bastardo de una plebeya, y me despreciastes... Me despreciastes... (*Vuelve la cabeza y vé á Carlos que entra de nuevo en la escena.*) por ese imbecil pagecillo!

ESCENA VII.

CARLOS, ALBERTO

Cár. Ahí estábais; señor Fernan-Perez?

Alb. Acabo de entrar, Vengo del salon del baile...-Mucho es que no habeis estado en él.

Car. No tengo humor.

Alb: Y luego otras atenciones mas perentorias os obligan á permanecer en este sitio.

Car. Otras atenciones?.. Qué querrá decir? (*Aparte.*)

Alb. Sois un jóven apreciable, y no estraño que alguna dama de la duquesa...

Cár. Estais engañado... á nadie espero:

Alb: No os sofoqueis... no os sofoqueis... es lástima, porque desfiguráis de tal modo vuestro gracioso semblante... es verdad que quizá pronto le pondrá moreno y tostado el sol abrasador del campo de batalla...

Cár. O seco y descolorido la cuchilla del verdugo, debíais haber añadido.

Alb. Ya que lo quereis así, sea... pero vaya, ambos somos jóvenes... compañeros de fortuna, de ambicion .. seámoslo tambien de amores. Contadme, contadme quién es vuestra dama, y yo os diré la mia.

Cár. No tengo ninguna.

Alb. Es increible... con ese talle, con esos ojos, con esa sonrisa... es increible.-No una, tendreis quizá media docena.., y ese será el motivo de no presentaros en la funcion, por evitar un compromiso...

Cár. Ya os he dicho...

Alb. No incomodarse, no incomodarse, que no hay motivo para ello.,, Vamos, os voy à contar yo mis aventuras à ver si asi obtengo vuestra confianza. Sabed que amo, he dicho mal, que adoro á una criatura celestial. Se llama Elvira de Vargas.

Cár. Vuestra prima?

Alb. Seguramente: pues bien, ella no me ama: tal vez querrá à algun aventurero, sin nombre, sin fortuna... pero si yo llego á saber quién es...

Car. Le mandaríais quizà algun cartel de desafio...

Alb. No; eso seria hacerle demasiado honor. Hay en Bruselas ciertos agentes pagados por el gobierno, con obgeto de desembarazarle de aquellas personas que le son sospechosas. A uno de esos hombres encomendaria mi venganza, y pronto dejaria de existir mi rival. Sin embargo, fuera lástima que engañado é ignorante del peligro que le amenaza, se acarrease la muerte ese desdichado. Si le conoceis, repetidle mis palabras claras y terminantes como son: decidle que aun puede salvarse si huye del acero que está suspendido sobre su cabeza...

Car. No conozco ningun hombre bastante cobarde para temer el puñal de un asesino.

Alb. Sin embargo, no desprecieis el consejo. (*Aparece en el dintel de la puerta Ricardo Grots: al verle Alberto se dispone á partir; pero aprovechando un momento en que no le ven, se esconde detrás de una de las hojas de la puerta del fondo.*)

ESCENA VIII.

CARLOS, ALBERTO *escondido*, RICARDO GROTS, *y sucesivamente el conde de* EGMONT, *el de* HORN *y otros diveros nobles.*

Car. Todo lo sabe... Y qué me importa? (*Viendo á Ricardo Grots que se dirige hácia él: durante toda esta escena discurren por el salon los nobles, como paseando: alguna vez forman grupos que luego se dispersan.*) Ah! sois vos?

Ric. Estábais con ese hombre!..

Cár. Sufriendo sus invectivas, sus sarcasmos.

Ric. No teníais una daga? Con ella le hubiérais hecho callar para siempre. (*Pausa*) No, bien hicísteis en sufrirle: pronto llegará el dia en que venguemos nuestros agravios. *Ricardo dá la mano á varios de los que van entrando sucesivamente en el salon.*) Amigos mios, os agradezco este interés: no en vano hemos escitado vuestro patriotismo... sois flamencos y basta. (*Al conde de Egmont, que entra.*) Bien venido, señor conde.

Egm. Salud, valiente Ricardo Grots (*El conde saluda á todos, y en llegando Cárlos le dice*) Aquí estàis vos tambien, amigo mio? (*Sonriéndose*) Me han dicho que todas las noches atrávesais la ciudad cubierto con una larga capa: que salís por una de las puertas de Bruselas, y os dirigís á un cierto jardin...

Cár. Señor conde...

Egm. Eso me parece muy bien; todo caballero debe ser tan galan como valiente.

Ric. (*Al pasar algunos.*) Mañana à las nueve.

Egm. La señal la dará la campana de los dominicos.

Ric. Dios protegerá la santidad de nuestra causa. (*Los conjurados repiten unos con otros: «á las nueve.»*)

Egm. (*A uno.*) No olvideis que se ha de respetar á la regente; nuestra venganza debe egercerse solamente con ese odioso tribunal.

Ric. Hasta mañana. (*Alberto que ha estado escondido hasta ahora sale y mezclándose entre los que se pasean desaparece.*)

Horn. (*Entrando apresurado.*) La duquesa y el presidente Vargas se dirigen á este sitio.

Ric. Separarse, señores, separarse.

Egm. S. A. está ya aqui: Ricardo, os recomiendo la prudencia.

Ric. Mucha habré menester, señor conde. (*Los condes de Egmont y de Horn se dirigen á recibir á la duquesa, que seguida de Vargas entra por la puerta del fondo; al mismo tiempo se abren las de los lados y entran por ellas guardias que rodean completamente á los conjurados.*)

ESCENA IX.

Dichos, Margarita, Juan de Vargas, *pages y guardias.*

Horn. Aqui V. A. señora?

Marg. Alguno sentirá tal vez mi venida. (*A una seña de la duquesa se apoderan los guardias de varios conjurados, entre ellos de Ricardo Grots, y los desarman.*) Nada va con vos señor conde de Egmont... Nada con vosotros, señores. (*Al llegar los soldados á desarmar á Ricardo, arroja este su espada á los pies de la duquesa.*)

Ricar. Ahí teneis mis armas, señora. Pero acordaos vos, Margarita de Austria, de que en el cielo hay tambien un Dios inflexible y justiciero que lo mismo juzga á los reyes que á los vasallos.

Marg. Está bien, Ricardo Grots y yo me someto á su fallo. (*A Juan de Vargas.*) Vos os encargareis de su causa, y dentro de dos dias los juzgará el tribunal. Si sois inocentes, él os absolverá; si por el contrario sois reos, la espada de la justicia caerá sobre vuestras cabezas.

Ricar. Somos inocentes ante Dios y ante los hombres: tal vez seremos culpables para vos y para el consejo. (*La duquesa hace una seña á Vargas: este se inclina y marcha seguido de los soldados que conducen á los conjurados.*)

Marg. Volvamos á la fiesta, señores; este acontecimiento no debe causar tristeza. Olvidad lo que ha pasado... ó mas bien, recordadlo siempre.

ESCENA X.

Los condes de EGMONT *y de* HORN.

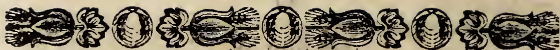
Egm. (*Viendo partir á la duquesa.*) Y sufriremos este nuevo atentado? No; perezcamos si es menester, pero no seamos esclavos.

Horn. Sí; salvemos la patria ó espiremos por ella. Prometedme, conde, que no dejareis las armas hasta que lo hayamos logrado.

Egm. Sí: lo juro por mi honor. (*Alargándole la mano.*)

Horn. Ahora recibid vos mi juramento. Libertad ó muerte!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO



Otro salon en el palacio de la regencia: en el fondo una puerta: á la derecha una ventana: á la izquierda otra puerta que comunica con las cárceles del tribunal.—Es de noche.

ESCENA I.

JUAN DE VARGAS, ALBERTO FERNAN-PEREZ: *dos espías.*

Varg. (*A un espía.*) Procura introducirte en el sitio en que celebran los conjurados sus sesiones: asi que empiecen á reunirse marcharás sin dilacion á darme parte de ello. (*Vase el espía.*) Es preciso (*Al otro espía.*) que sigas con el mayor cuidado todos los pasos del príncipe de Orange. Diariamente me has de dar cuenta de sus acciones. (*El espìa se inclina y parte por la puerta de la izquierda que cierra Vargas en el momento.*)

Alb. Decís que esta noche debe dormir ya en los subterráneos del tribunal ese imbécil pajecillo?

Varg. Mucho tiempo há que debiera haber rodado su cabeza desde el tajo al suelo. Estaban muy claras las pruebas de su delito; pero la duquesa se obstinó en no creerlas, y aun vive el page. Sin embargo, creo que no será por muchos dias.

Alb (*Aparte.*) Al fin me veré vengado.

Varg. Indicios vehementes hay del principe de Orange. Conserva intimas relaciones con los principales gefes de los conjurados y protege decididamente á Carlos. Si no fuese por las órdenes de la regente... Poco he de poder ó sucumbirá el altanero Guillermo de Nassau: he jurado su ruina, él ó yo debemos perecer.

Alb. Y de qué proviene ese odio que le teneis?

Varg. Desde que partió S. E. el cardenal Granwela, á instigacion del príncipe de Orange y del conde de Egmont, obróse un cambio repentino en Margarita. Cesó de perseguir como antes á los luteranos, perdió su antiguo teson, y una clemencia mal entendida se hizo lugar en su corazon. Ya no fueron sus órdenes desde entonces tan severas ni tan terminantes; firmó mil perdones, y por último se abatió hasta el estremo de entrar en negociaciones con los rebeldes. No pude impedir que se enviasen á Madrid al marques de Mons, y al baron de Montigni, pero mis cartas previnieron al rey contra ellos. Al llegar á la corte fueron recibidos con desprecio, oyeron amenazas é injurias, y su mision, su noble y desinteresada mision, no tuvo ningun écsito. Todo esto fué obra mia: Guillermo lo penetró, y cuando indirectamente celebré en su presencia mi triunfo, no pudo contenerse y me insultó villanamente, dejándose llevar de su furor hasta el estremo de echar mano á la espada. Desde entonces juré perderle; y lo he de conseguir á pesar de la proteccion que le dispensa la duquesa.

Alb. Pero si esta le presta su apoyo...

Varg. Apoyo inútil, apoyo impotente: Margarita de Parma no tiene ya fuerza alguna y se halla vacilante, sin saber á qué lado acogerse. Ella manda en el nombre, nosotros de hecho. Nos hemos arrogado el poder. reasumiendo todas sus facultades. En el dia, el consejo dicta órdenes, que el tribunal desprecia; obramos segun nuestras inspiraciones, y somos árbitros absolutos de la suerte de los pueblos. Hé aquí nuestra situacion y la de la regente. Considera tú ahora quién debe sucumbir. Esta noche misma llegará á Bruselas el duque de Alba: ya estamos de acuerdo y creo que nos ayudará en nuestros planes. Entre estos hay uno atrevido si se quiere, mas no por eso menos seguro.

Alb. Pero que tal vez yo no debo saber?

Varg. Cuento con tu prudencia y con tu discrecion. Debemos obrar arbitrariamente sin contar para nada con la duquesa, y resintiendo asi su amor propio, humillarla y despues obligarla á abdicar un cargo que tan mal

y contra nuestros deseos desempeña. Estos son mis proyectos. Halagarémos entre tanto al duque de Alba, le obligarémos à que asuma las facultades de regente, y mas adelante nos desembarazaremos de él del mismo modo que lo hayamos hecho con la duquesa.

Alb. Pero Margarita es hermana de Felipe II, y sus quejas podrán llegar hasta el trono del rey.

Varg. Me crees tan poco precavido que no haya tratado de preveer eso? Sin embargo en caso de que fallasen mis cálculos, aun me queda un recurso poderoso, un medio de hacerla ceder, de obligarla à abdicar; y aun de perderla si quiero. Es un secreto del que penden su vida y su honra y en su caida, en su estrepitosa caida, puedo tambien complicar al orgulloso Guillermo de Nassau.

Alb. Es posible!...

Varg. Creen que no hay nadie que lo sepa en la tierra; é ignoran que de todo está enterado un hombre temible si se le escita.

Alb. ¿Y cómo os hicisteis dueño de ese secreto?

Varg. Los tormentos del tribunal obligaron á declarar à un criado del príncipe; ese criado murió á poco, y actualmente no hay en el mundo quien sepa el misterio sino ellos y yo.

Alb. La duquesa se acerca.

Varg. Déjanos solos. Esta misma noche pienso socilitar su permiso para tu union con Elvira; dentro de dos dias verás colmados tus deseos.

Alb. (*Aparte.*) Y tambien satisfecha mi venganza!... ¿Pero mi prima accederá gustosa?

Varg. Si no tendrá que obedecer las órdenes de un padre inexorable.

Alb. Aqui está S. A. (*Se inclina y parte.*)

ESCENA II.

MARGARITA, VARGAS.

Marg. ¿Juan de Vargas?

Varg. Estoy á las órdenes de V. A.

Marg. Quisiera haceros algunas preguntas... Decidme... ¿Qué se ha hecho de Ricardo Grots?

Varg. Ha sufrido la muerte en las prisiones del tribunal.

Marg. ¿Ha sufrido la muerte?..

Varg. Sí señora: Ricardo Grots, gefe de la conspiracion, altanero, soberbio, orgulloso... quizás esto se hubiera perdonado... Pero nos acordamos de que os insultó, de que os amenazó á vos, Margarita de Austria, duquesa de Parma, regente de los Paises Bajos y hermana de Felipe II, rey de España... Este crímen se castigó: este delito no debia quedar impune.

Marg. (*Suspirando.*) Si me lo hubiérais dicho, yo le hubiese perdonado.. Muchos me insultan y me amenazan, Juan de Vargas... muchos... y con todo no mando que mueran... y sin embargo los perdono.—Bien... espiró; pero no me achaqueis á mí su muerte... Yo no me quejé... vosotros le acusasteis... vosotros le juzgasteis, y vosotros le hicisteis morir... Yo estoy pura de esa sentencia... Sobre vosotros, y solo sobre vosotros, recaerá toda su odiosidad... (*Pausa.*) ¿Qué se ha hecho de Jacobo de Beckerseel?...

Varg. Pereció en los tormentos.

Marg. ¡Qué horror!. (*Cubriéndose el rostro con ambas manos.*) Desdichado del que cae en vuestro poder!.. Desde luego puede contar con que no volverá á ver la luz del dia, y si la vé será cuando camine al suplicio.

Varg. Nosotros obedecemos las leyes que han formado los hombres inspirados por la divinidad: leyes sagradas é inescrutables que à nadie le es dado violar; leyes en fin sancionadas por el Todo-poderoso, por los hombres, y por el tiempo.

Marg. Empleais siempre el lenguage del fanatismo, Juan de Vargas: ese lenguage con que alucinais, y que se usa en el tribunal, misterioso y aterrador... ¿Han perecido Savoisy y Danluay?

Varg. Todavía estan en las cárceles.

Marg. Desde ahora os lo prevengo; ninguna sentencia se llevará á efecto sin estar aprobada por mí... ¿Habeis entendido?...

Varg. Se cumplirán las órdenes de V. A... Pero ahora me toca á mí comunicaros una noticia que sin duda ignorais, pues me ha sido dada confidencialmente... Aquel

emisario que V. A. envió á la corte de su hermano, con la mision de poner en sus regias manos la esposicion de los rebeldes, aquel hombre emprendedor y osado, en fin, el baron de Montigny, ha sido decapitado en el castillo de Simancas.

Marg. Cómo!... ¿Montigny decís?... Un vasallo fiel, un noble flamenco...

Varg. Sin duda perdió esas cualidades en cuanto pisó el suelo de la España. No ignoramos por acà sus criminales manejos. V. A. misma tampoco los ignora. El baron tuvo la osadía de proponer á vuestro sobrino, al príncipe D. Carlos, que viniese á ponerse al frente de los descontentos de los Países Bajos, á usurpar estos dominios á su padre y á rebelarse contra su rey. Semejantes crímenes merecian un escarmiento saludable, un castigo ejemplar. El baron cometió tan nefando delito; pero la cuchilla de la ley dividió su cuerpo de su cabeza, y los muros del castillo se salpicaron con su sangre y con la de sus cómplices. El príncipe volvió en sí, conoció su error y tembló al ver el rostro de su mal consejero lívido y desencajado con las angustias del espíritu y con el golpe del verdugo.

Marg. No se me ha comunicado esa noticia... Ah!... ¿Teneis algo mas que decirme?...

Varg. Quisiera someter á la aprobacion de V. A. el enlace de mi hija con mi sobrino Alberto.

Marg. Còmo... ¿Se va á casar Elvira?...

Varg. Dentro de dos dias.

Marg. Habeis consultado su voluntad?

Varg. Un padre no há menester eso.

Marg. ¿Ignorais cuán horrorosa es la suerte de la que se ve unida al hombre que no ama?...

Varg. ¿Lo sabeis vos tal vez por esperiencia?...

Marg. No, Juan de Vargas. (*Pausa*) Basta... mañana hablaré yo à Elvira y sabré de su boca lo que vos me ocultais.

Varg. Mi hija...

Marg. Os he dicho que hablaré à Elvira. Podeis retiraros. (*Con dignidad: Vargas se inclina y sale por la puerta de la izquierda que cierra con llave.*)

ESCENA III.

MARGARITA, *despues* GUILLERMO.

Marg. «Tal vez lo sabeis por esperiencia...» Sí, demasiado, demasiado lo sé... No puede darse tormento mayor... vivir al lado del hombre que se odia, sufrir sus caricias, sus alhagos... Ser la madre de sus hijos!... Dios mio!.. Todo esto lo ha sufrido esta infeliz!.. «Lo sabeis por esperiencia!..» y se complacia en mi angustia, en mi agonía!..

Guill. Margarita!..

Marg. Qué quereis?..

Guill. Señora, os amenaza un gran riesgo: la ira de un pueblo sublevado. Si os dirigis hácia un lado, caereis en una sima horrorosa: si hácia el otro en un precipicio insondable... es preciso que andeis con paso firme y seguro, que no os desvieis hácia parte alguna; si caeis, Margarita, nadie os alargará la mano, nadie os prestará su auxilio para salvaros.

Marg. Ese lenguage es incomprensible para mí.

Guiller. Sabed que el pueblo de Bruselas pide vuestra destitucion... vuestro destierro... aun mas... pide tambien vuestra cabeza.

Marg. Mi cabeza?...

Guill. Está sediento de vuestra sangre, y á costa de la suya quisiera verter la de la regente.

Marg. ¿Quieren asesinarme?... Pues bien, yo voy á entregarme á ellos. ¿Quieren mi sangre? Voy á ofrecérsela. ¿Desean mi muerte?.. Voy á darles mi vida... ¿Para qué la necesito yo, débil muger, odiada y maldecida de todos?...

Guill. Teneis un hijo á quien haceis falta... No os sobresalteis, no os altereis, señora: hablo de Alejandro Farnesio.

Marg. ¿Quereis acompañarme, príncipe de Orange?

Guill. Es un deber para mí. Pero aguardad un momento. Tengo que pediros una gracia... Es menester que bajo ningun pretesto permitais que vuestro page Carlos sal-

ga de palacio esta noche: si sale se pierde irremisiblemente!... Yo os lo ruego, Margarita, yo os lo suplico: no le permitais salir esta noche de palacio.

Marg. Os prometo que no saldrá... Pero esas voces... esos gritos... ¿qué quieren? (*Dentro se oyen voces de muera Margarita... muera el consejo de la sangre.*)

Guill. No os lo he dicho?... Piden vuestra vida. (*Margarita abre la ventana y se asoma: óyese mas cerca el tumulto y el alboroto: se aumentan los gritos, y se deja percibir ruido de armas.*)

Marg. Dios mio!... Van á asesinarme!... (*Dejándose caer en un sitial.*)

Guill. (*Con agitacion.*) Antes pasarán por encima de mi cadaver!... ¿No os he anunciado lo que iba á suceder?... Pero nada temais, señora... esos son gritos y nada mas... Si quereis gozar de sosiego, obrad segun os dicte vuestro corazon; y estoy seguro de que obrareis bien... sacudid esa tutela en que os tiene el tribunal, y entonces no tendreis por qué temer al pueblo... entonces todos os amarán y conocerán cuán buena sois. Sí, Margarita: temblad mas bien á un pueblo irritado que á un tribunal execrable... (*Asomándose á la ventana.*) Tranquilizaos... la tropa ha deshecho los grupos... han cesado las voces... podeis retiraros, señora; yo guardaré vuestra vida.

ESCENA IV.

Dichos, Carlos.

Car. Varios individuos del consejo esperan á V. A. en el salon de audiencia, y desean hablarla en el momento.

Marg. Està bien. Si no quereis acarrearos toda mi indignacion, guardaos de salir esta noche de palacio. (*A Carlos severamente.*)

Carl. Señora!.. No comprendo...

Marg. Basta.

ESCENA V.

GUILLERMO, CARLOS.

Carl. S. A. está enojada conmigo!.. No sabreis vos por qué?

Guill. No.

Carl. Tambien vos!.. Y yo que iba á suplicaros...

Guill. Qué?..

Carl. Ya habeis oido las palabras de la duquesa... y sin embargo, no puedo obedecerla.

Guill. Cómo?

Carl. Si esta noche no saliese de palacio no podria levantar la vista delante de los hombres de honor... si faltase á lo que he prometido, me cubriria para siempre de oprobio.

Guill. Y bien...

Car. Hay compromisos inevitables... compromisos en que tal vez se encuentra la muerte, y á los que no obstante es imposible faltar. Bien lo sabeis: el hombre que se hace sordo á la voz del honor, es indigno de toda consideracion.

Guill. A dónde vas á parar?

Carl. S. A. me ha prohibido amenazándome con su enojo que salga de palacio esta noche; y sin embargo no puedo...

Guill. No podéis? Y si yo que soy vuestro protector, vuestro padre.., os lo ordenase tambien?..

Carl. No, no lo espero... No quereis que me insulten... no quereis que me digan «tuvistes miedo como una muger... te encerraste como se encierra un niño»... No seguramente, no querreis que me digan tal cosa. (*Un momento de silencio: Carlos mira al príncipe con inquietud.*) Sí: lo estoy conociendo... vais á ayudarme para que salga de este apuro... vais á ocultar â la duquesa que he desobedecido sus órdenes...

Guill. (*Secamente.*) Quién os lo ha dicho?

Carl. Mi corazon.

Guill. (*Conteniéndose.*) Pues vuestro corazon os ha engañado.

Carl. Señor!

Guill. Ya has oido la voluntad de la regente: ahora vas á escuchar la mia. Veremos si haces mas caso de ella... veremos si te merece igual respeto... Cuando eras un niño miserable y abandonado te tomé bajo mi proteccion y te consideré desde aquel dia como mi hijo: no ignoras ciertamente los deberes filiales... Pues bien, Carlos, si no quieres acarrearte toda mi indignacion, guárdate de salir de palacio, de correr á una muerte afrentosa, inevitable y segura. (*Encaminándose ó la puerta: Carlos le sigue fuera de sí.*)

Carl. Ah!... Pedidme la vida, toda mi sangre... cuanto posee este infeliz... pero no me obligueis á que os desobedezca.... Si muero, «era buen muchacho, direis, el pobre Carlos», quizás vertais una lágrima... pero pronto la enjugareis al saber que vuestro hijo murió por una causa santa: por la libertad de su pais. Qué decis?

Guill. Ya has escuchado mis órdenes...

Carl. (*Colérico.*) Persistis en violentarme?

Guill. Persistis en desoir la voz de vuestro padre?

Carl. Qué es la voz de un padre cuando se escucha la de la patria?..

Guill. No: vos solo ois la de Elvira, la de la hija del tirano de Bruselas.

Carl. Me dejais que salga?

Guill. (*Friamente.*) Nó.

Carl. (*Fuera de sí.*) Esto es tentar demasiado mi paciencia!.. Señor, no provoqueis mi cólera... no os opongais con tenacidad!.. (*Echando mano al sitio donde debia estar su daga: y viéndose desarmado.*) Maldicion! Ni armas tengo!..

Guill. (*Con amargura.*) Quiéres asesinarme, pero te falta el puñal?.. Pues bien, toma el mio, tómalo. (*Alargándoselo.*) hiéreme... no te detengas... Tus golpes no harán mas daño á mi corazon que lo han hecho ya tus palabras... no es el acero el que hiere... es el brazo del que le empuña... No tenias armas... yo te las doy... y te presento mi pecho inerme, mi pecho desnudo para que claves en él la daga... (*Presentándole el pecho.*) hiere... no recuerdes que soy tu padre...

Carl. Mi padre?

Guill. Sí, tu padre... (*Reprimiéndose.*) porque he sido tu protector... Olvidate de todo, menos de satisfacer tu encono... olvida que eras pobre y huérfano, y yo te acogí... que estabas desnudo y yo cubri tu desnudez... que te prodigué mis caricias cuando todos te despreciaban, que te amé cuando de todos eras aborrecido... y por fin, que yo Guillermo de Nasau, príncipe de Orange, adopté por hijo mio à un desconocido que vivia en una humilde cabaña: que no hice caso de la distancia inmensa que nos separaba, ni me avergoncé de su pobreza. No recuerdes ninguno de estos beneficios... Aparta de tu imaginacion toda idea que no sea la de venganza... apresúrate, hunde este acero en mi corazon, y todavia al ver correr mi sangre rogaré al Todo-poderoso que te perdone.

Carl. Dios mio!..

Guill. Ya lo ves!.. Ni tus amenazas ni tus súplicas son bastantes para hacerme desistir de lo que me he propuesto... Quiéres salir?... Muy fácil te es pasando por encima de mi cadaver... no te detengas, con un asesinato te librarás de un testigo importuno, de un hombre que te se opone... serás libre... correrás á reiterar tus juramentos de amor á la hija de un tirano,... á Elvira de Vargas,... que te esperará impaciente,... que desconfiará de tu cariño... No, no es la voz de la patria la que escuchas, es la de la muger á que te has entregado vilmente... es la de aquella á quien dijistes «soy tuyo para siempre» sometiéndote á ella como un esclavo se somete al amo que le ha comprado.

Car. (*Cubriéndose el rostro*) Ah!

Guill. Te lo juro: no saldrás esta noche de aquí. (*Encaminândose á la puerta del fondo y cerrándola.*)

Car. (*Fuera de sí.*) No saldré, decís?

Guill. (*Con firmeza*) No, si antes no has vertido hasta la última gota de mi sangre.

Car. (*Corriendo hácia él*) Señor!.. Señor!.. (*Queriendo tomarle la mano: el príncipe lo rechaza con fuerza y él cae casi exánime en un sitial.*)

Guill. Quítate! Basta! (*Sale por la puerta del fondo, que*

cierra con llave: al verse encerrado Cárlos vuelve en sí de su estupor: levanta la cabeza, dá un grito de desesperacion, y corre á sacudir violentamente la puerta.)

ESCENA VI.

CÁRLOS.

Ah!!! Me ha encerrado!!! (*Levantándose y corriendo á la puerta*) Me ha encerrado!!! (*Apoyándose convulsivo en la mesa*) Ah !!!.. ya estoy para siempre cubierto de infamia, de deshonor, de vergüenza! Estos son sus beneficios, estos son los favores que me ha prodigado. Maldicion!.. (*Fuera de sí y recorriendo el salon.*) Por qué no me dejó mendigar el sustento? Por qué no me dejó honrado en mi pobreza, feliz en mi desventura?.. Qué pensarán? qué dirán de mí los patricios de Bruselas? Que he tenido miedo... miedo á perder la vida!.. Jamás!.. Es preciso que yo salga de aquí... es menester que procure á toda costa salir!.. (*Yendo á la ventana*) No está muy alta! bien se puede saltar... aun llegaré á tiempo al lugar de la cita... Sí, sí... oh felicidad!.. no me veré deshonrado!.. (*con la mayor amargura y volviendo al medio del teatro*) Imposible!.. es imposible!!! está rodeado de guardias el palacio... todo, todo él!.. (*Pausa: sus miradas se dirigen á la puerta que conduce al tribunal.*) Aquella puerta... es la que comunica con los corredores del tribunal... de ese tribunal maldito y execrable!.. (*yendo acelerado á la puerta*) Cerrada, tambien cerrada!.. Solo Vargas tiene la llave con que se abre... por ahí entran los infelices para no volver á ver la luz del dia, para morir de sed y de hambre en los calabozos ó por la mano vil de un asesino!.. Y sin embargo, todavía creo que es su suerte preferible á la mia.. Hallarse aquí encerrado vergonzosamente cuando se trata de salvar á la patria!.. cuando se trata de sacrificarse por ella!.. cuando Elvira me esperará impaciente... y dudará de mi amor... de mi fidelidad!.. Elvira!.. Elvira! Diez años de mi vida daria por salir de

este sitio! (*Fuera de si y dejándose caer desesperado sobre un sitial: en aquel momento abre Vargas la puerta de la izquierda: al ruido vuelve la cabeza Cárlos.*)

ESCENA VII.

JUAN DE VARGAS, CARLOS.

Cár. (*Sorprendido y levantàndose*) Quién anda ahí?..

Varg. Soy yo, Juan de Vargas. (*Encaminándose á la puerta del fondo.*

Càr. No podeis pasar por esa puerta.

Varg. Quién lo impide?

Cár. Està cerrada.

Varg. Cerrada! (*yendo á ella*) En efecto! y como es que estais vos aquí, jóven?..

Càr. Ah!.. señor, señor... tened compasion de mí!.. Me han encerrado...

Varg. Quién?

Cár. No querreis que falte á una palabra que he dado, no permitireis que me insulten... no es verdad?.. Vais á frustrar los deseos del príncipe de Orange, vais á sacarme de aqui, y cuando él vuelva, cuál será su furor al ver que he burlado sus intentos!..

Varg. (*Aparte*) Queria que se escapase del brazo del tribunal, y no sabe que este alcanza á todos!.. (*Alto*) Con qué os ha dejado encerrado como á un niño?.. Qué vergüenza!..

Cár. Por quién quereis que os lo suplique? por la esposa que perdisteis?.. por la hija de vuestro corazon?... Ah! dejadme, dejadme que salga por esa puerta.

Varg. Y no temeis que se cierre detras de vos para siempre?

Car. No: no lo espero... (*Aterrado.*) Hallarse en las cárceles del tribunal... en esas oscuras mazmorras... oir el grito del infeliz que siente desgarrar sus miembros... del que espira bajo el puñal del asesino... (*Con resolucion.*) Estoy pronto à pasar por ella, señor.

Varg. Y si el príncipe de Orange llega á saber?...

Car. No lo sabrá: no le diré la gracia que me vais á dis-

pensar... porque estoy seguro de que teneis lástima de mí!..

Varg. Saldreis, saldreis, os lo juro; pero tambien os exijo yo otro juramento... que oculteis á todos que he sido yo el que he facilitado vuestra fuga.

Car. Por quién quereis que os lo jure?.. Por mi honor?

Varg. No... por el de vuestro padre!..

Car. Mi padre!.. jamás le he conocido!..

Varg. Me lo jurais?..

Car. Por el Señor crucificado!.. (*Sacando un crucifijo que trae al cuello suspendido de una cinta, y besándole con fervor: Vargas le examina.*)

Varg. De quién hubisteis este crucifijo?

Car. Es el único dón que me dejaron los que me dieron el ser... mi nodriza me lo repetia siempre «tu madre, me decia, le colgó de tu cuello al nacer.»

Varg. (*Mirando siempre el crucifijo.*) Al nacer?.. teneis veinte y dos años?.. Aqui hay dos letras.

Car. Las iniciales del nombre de mi madre.

Varg. M. de A... Jóven, jóven... apresuraos á salir... no se puede faltar nunca á las palabras que se dan... teneis una cita?.. Corred: id á ella. Guardad vuestro crucifijo y partid.

Car. Me asegurais que esa puerta no se cerrará detras de mí para siempre?

Varg. Os lo juro tambien por el crucifijo... No os detengais. Andad delante: yo os seguiré y os mostraré el camino.

Car. Bendita sea la bondad de Dios!. (*Llevando á sus lábios el Cristo.*) Nó venis? (*Desde la puerta.*)

Varg. Al momento. (*Carlos desaparece: Vargas se sonrie malignamente.*) Pobre muchacho!.. Jamàs he visto que ninguno marche á su perdicion con mas alegria, ni que suba las gradas del cadalso con mas regocijo! Guillermo de Nassau!.. Dos dias, y mi venganza estará consumada! (*Entrase y cierra la puerta.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.



Jardin en la casa de Vargas: bancos á los lados: verja en el fondo, y por ella se divisan á lo lejos unas ruinas. A la derecha la puerta que conduce á la casa. Es de noche.

ESCENA I.

Elvira, Leonor; *sentadas en un banco.*

Leo. Serénate, hija mia: no llores por Dios. Tus lamentos me llegan al alma. Sí: tu padre se apiadará por fin de ti, Elvira!... Reclínate, descansa en el seno de tu pobre Leonor.

Elv. Apiadarse, dices?... Ah!... No le conoces. Me obligará à que entregue mi mano á Alberto, aunque supiese que este sacrificio me habia de costar la vida. ¡Dios mio!.. Qué os hizo esta infeliz para que tan jóven la obligaseis á apurar el calíz de la amargura?... Madre mia!... Tu destino va á ser el mio. Unida á un hombre que odiabas, siempre suspiraste por la muerte. Sí: la muerte es tambien mi esperanza.

Leo. Dias há que tus sueños y tus delirios me hacen temblar.

Elv. Ah!... Leonor, Leonor!... Qué desdichada nací!...

Leo. ¿Pero por qué no hablas á tu primo?... ¿Por qué no le revelas ese secreto?

Elv. Hablar á Alberto!... ¿De qué me serviria?... Bien lo sabes: ya no es el que era. De bueno y generoso se ha tornado en soberbio y déspota. La atmósfera del tribunal, el humo de las hogueras ha ennegrecido su alma; los consejos de mi padre han viciado su corazon: sí, aquel Alberto á quien yo antes amaba, es ahora un vil espía, y como à tal le aborrezco.

Leo. Silencio... alguien se acerca... El es... por Dios, Elvira, que no te vea llorar.

ESCENA II.

Dichas, ALBERTO, *por la verja.*

Elv. (*Viendo á Alberto.*) Ah!...

Alb. Qué ¿te asusto, Elvira?... ¿Te doy miedo?...

Elv. No, Alberto, no.

Alb. Estás triste, Elvira: las lágrimas que han corrido por tus megillas las han hecho perder su color; las han marchitado, como marchita el cierzo á la mas lozana azucena.

Elv. (*A Leonor.*) Leonor!... Leonor!... Va á venir... va á encontrarle aqui... ves, dirígete à la verja, y que no entre, por Dios, que no entre!...

Alb. (*Sentándose al lado de Elvira.*) Estás trémula, estás agitada... ¿Qué tienes, Elvira?...

Elv. Nada, no tengo nada.

Alb. Confiame tus penas: dentro de dos dias tendré derecho á exigir que me las reveles.

Elv. (*Aterrada.*) ¡Dentro de dos dias!...

Alb. Sí: dentro de dos dias se colmarán mis votos... y los tuyos... Se acerca el instante en que el ministro del señor recibirá tu juramento. Si tú supieses cómo lo deseo!... Pero ¿por qué tiemblas? ¿por qué lloras?... Lo adivino: estas palabras amorosas que salen de lo íntimo de mi corazon, no hallan eco en el tuyo y le destrozan... ese silencio, ese gemido me lo confirman: ese silencio y ese gemido son mi muerte!... Elvira, no sabes tú el tormento que es amar y no ser amado: en vez de los transportes de la pasion ver en la que se adora la frialdad del desprecio, mirarla apartar los ojos con desden del que padece este martirio, porque lo es y muy grande, conocer que sus caricias incomodan y sus quejas causan tedio. ¿No es crueldad dejarle penar sin decirle siquiera «Te engañas!!.» No; tú ni me permites el consuelo de la duda. (*Se levanta y pasea con agitacion. Elvira suspira tristemente, y fija sus miradas, ya en el*

cielo como suplicante, ya en la verja como temerosa.) Ni una palabra, ni siquiera una palabra para este desventurado!...

Elv. ¡Dios mio!

Alb. *(Yendo hácia Elvira, tomándola una mano y llevándosela con espresion á los labios.)* Elvira!... tú no destruirás la esperanza de mi alma; el consuelo de mi corazon. Desde mi niñez, la sola idea de que me amarias halagaba y endulzaba mis penas; solo vivia por tí, solo respiraba por tí. Una mirada tuya era la recompensa que premiaba mis desvelos; una espresion de agradecimiento, la dicha que no me atrevia á esperar... ¿Me privarás de la ilusion de mi vida, de lo que me la hacia tener en algo, de lo que me consolaba en mis dolores? Esta idea es mi existencia, es la que me alimenta, la que me sostiene... tu amor, Elvira, tu amor, y despreciária un trono... el del mismo Felipe de Austria!!

Elv. Mil veces esigistes de mí que te hablase con franqueza, que te descubriese sin reserva el estado de mi corazon; ahora voy á complacerte. Duro me será, Alberto, porque siempre te amé como á un hermano,... nada mas que como á un hermano; bien lo sabe Dios!.. quizas cuando estábamos en España, hubiera unido mi suerte á la tuya, ya que no con gusto, al menos con indiferencia. En el dia es imposible, absolutamente imposible...

Alb. Es imposible, absolutamente imposible!.. No os acordais de que teneis padre, Elvira?

Elv. Me acuerdo de que no temo á la muerte.

Alb. Es decir que la preferís á ser mia?

Elv. Mil veces!

Alb. Bien, Elvira, bien!.. Me digisteis que me ibais á hablar sin reserva.. habeis cumplido vuestra palabra!. ¡Tambien yo voy á hablaros sin reserva!.. Nada ignoro: sí: todo lo sé... otro me ha arrojado de vuestro corazon, á otro es á quien amais; aunque no es tan noble ni tan poderoso como Alberto Fernan-Perez: aunque es un miserable aventurero, que nadie conoce, y todos desprecian...

Elv. Sí: un aventurero; pero mas generoso que vos, mas

noble que vos en su humildad, mas rico que vos en su pobreza. No me atormenteis mas con vuestras quejas. Desgraciadamente tengo un padre cruel, que me podrá obligar á daros la mano; pero tambien tengo un puñal que me legó mi madre, y un brazo bastante fuerte para clavármelo en el corazon.

Alb. No me arredran vuestras amenazas. Las mias deben haceros temblar. No sabeis lo que es una pasion como la que siento; capaz de los mayores sacrificios, como de los mas horrorosos crímenes. No me culpeis á mi de lo que hiciere, culpaos á vos que os habeis complacido en lacerar mi pecho, en destrozarlo, en verter hiel sobre mi herida, en abrirla mas y mas inhumanamente. Os juro que el que se atrevió á amaros, habrá hallado la muerte antes de dos dias. (*Ciego de furor.*)

Elv. Iremos los dos á reunirnos en el cielo (*Con dulzura: Alberto la coge de un brazo.*) Ay!... Alberto,.. me haceis mal!.. Soltadme!..

Alb Decidme otra vez que no me amais.

Elv. Sí... sí... yo os aborrezco.

Alb. Maldicion!.. (*Frenético y arrojándola con violencia sobre el banco: despues se dirige á pasos largos á la casa y desaparece.*)

Elv. Ah!.. (*Cae desmayada.*)

ESCENA III.

ELVIRA, LEONOR.

Leo. (*Corriendo al grito de Elvira.*) Elvira, Elvira... hija mia!.. pálida!.. sin sentido!.. Dios mio!.. Habrá muerto!..

Elv. (*Volviendo en sí.*) Ojalá, ojalá, Leonor!.. Tu no sabes...

Leo. Sí: todo lo he oido.

Elv. Ya has visto la dicha que me espera á su lado: sus violencias, sus caricias horribles, sus denuestos... Dí ¿no es mil veces preferible la muerte á pasar toda la vida al lado de un hombre odioso, de un hombre que sospechará hasta de mis suspiros que me pedirá cuenta de mis lagrimas?.. Madre mia!.. Bendita seas tú que me dejaste con que librarme de este tormento.

Leo. Cómo... ¿aquel puñal?..

Elv. Sí: aquel puñal es toda mi esperanza: él me abrirá la herida en el corazon, para abrirme despues las puertas del cielo. (*Se oye meter una llave en la verja: al mismo tiempo Alberto entra de nuevo en la escena y se oculta precipitado en un cenador.*) Es mi Carlos! Déjame, déjame que corra á sus brazos... Ah!.. que no conozca que ha llorado esta desventurada!.. (*Limpiase apresurada el llanto: Carlos aparece en la verja cubierto con una capa negra, y corre á abrazar á Elvira.*)

ESCENA IV.

(*Dichas*, Carlos, Alberto *oculto*.

Car. Perdóname si he tardado, querida Elvira... otra vez: permite que de nuevo imprima mis labios en tu mano.

Elv. Leonor... Leonor... por Dios, cuida de que no nos sorprendan.-Ay Carlos! Si supieras!.. Escucha... lloraba por que no te veia... lloraba por tí... y por que me veo tan desdichada... tan infeliz!.. Un solo pensamiento, una sola idea es la que me consuela, la que me anima... tu amor, Carlos, tu amor.

Car. Elvira... por qué están tus megillas sin color? por qué son tan inquietas tus miradas?.. Qué temes?.. No estoy á tu lado?..

Elv. No: ya no temo nada... pero qué demudado estás!.. qué pálido!.. cómo te tiembla la mano!..

Car. He venido de prisa... estoy algo agitado.

Elv. Si vieras qué larga se me ha hecho la noche esperàndote!.. Otras veces hallaba placer en pasearme sola, embebida en mis ideas melancólicas, por esas largas calles de árboles: el silencio, la luz opaca de la luna, el ruido de las aguas, llenaban mi corazon de una dulce amargura, de un placer melancólico... Hoy no he podido conseguirlo siquiera; el viento que movia ligeramente las hojas de los arbustos que adornan el parque, me parecia de siniestro agüero..- cada árbol una fantasma... cada banco una tumba... porque todo el dia he

estado pensando en la tumba. Qué dulce será descansar en ella al lado del que se amó!..

Car. A veces ni aun eso les es dado á los infelices: la malignidad de los hombres ha inventado un suplicio mas horroroso que ningun otro; un suplicio en que desaparecen los restos humanos y en vez de ellos, solo quedan frias cenizas que el viento hace subir hasta las nubes.

Elv. Oh!.. eso es terrible!.. Pero no; no te entristezcas; me parece que nosotros hemos de ser mas dichosos... Pensemos en el dia de nuestra union!. Qué dia tan feliz será aquel!... me parece que te estoy viendo ricamente vestido, dando la mano á tu Elvira y ayudándola á subir al altar... yo llevaré la corona de rosas en la frente y el velo blanco de desposada sobre los hombros... Y al vernos, todos repetirán: Dios los haga felices porque son buenos y virtuosos! Qué, nada me dices?..

Car. Mas cerca veo yo la hoguera que todo eso, Elvira.

Elv. La hoguera!.. cosa horrorosa debe ser la hoguera!.. Mas no pensemos en ella .. háblame de nuestra dicha... porqué te estremeces?.. Qué tienes?..

Car. Nada... nada... Pero qué es lo qué no teme un infeliz?.. Todo me asusta y me alarma... anoche cantó la lechuza sobre la torre de palacio... un murciélago revoloteó en mi ventana, y una tierna paloma herida de un flechazo vino á morir en mi seno, empapándolo en sangre. No son fatales estos presagios?.. Por qué buscó mi pecho la paloma?.. Por qué cantó la lechuza?.. Por qué pasó por delante de mi el murciélago?..

Elv. Tambien tú crees en augurios?..

Car. Por desgracia. Sí: he de morir tan desdichado como he vivido.

Elv. Quizás no... Puede que todavía suenen horas de ventura para nosotros... dias de consuelo y de felicidad... pero sino nos fuese dado conseguirla en la tierra, en el cielo, Carlos, es donde gozaremos de ella.

Car. Sí; esa es mi única, mi sola esperanza. Quizás he salido de la cuna para bajar al sepulcro... la cuna!.. el sepulcro!.. hé ahí las dos mansiones que habré tenido

en la tierra. (*Oyense en este instante gritos de traicion! traicion! á lo lejos y gran ruido de armas. Cárlos se levanta apresurado y corre á la verja*) No oyes?.. estas voces... gran Dios!.. todo se ha perdido!.. es preciso que yo venza ó muera con ellos! (*Desenvainando la espada y en acto de partir: Alberto sale del cenador y se dirige hácia ellos.*)

Elv. No, no saldrás!.. A buscar una muerte segura, inevitable!!.

Car. Dejame, Elvira, déjame... No escuchas sus gritos?.. son vencidos!! (*Cárlos se adelanta: Elvira le detiene.*)

Elv. Cárlos, en el nombre de Dios!... En el de nuestro amor, no vayas. No hay quien le detenga?.. no hay quien le detenga?,,

Alb. Yó! (*Presentándose con la espada desnuda. Elvira y Leonor lanzan un grito.*) Os acordais de cierto consejo que os dí? Le habeis olvidado?.. Pues bien, vengo á pediros cuenta de él con mi espada.

Elv. Alberto!.. Alberto!.. Tú?..

Car. Queréis vengaros? Muy pronto lo lograreis... dejadme que parta, que vaya á morir... pero dejadme que perezca con mis amigos.

Alb. Ya lo oyes, Elvira... Si se queda aqui tendrá que batirse á muerte conmigo... sino...

Elv. Que parta!.. Ah!.. Que parta!..

Car. (*A Elvira.*) No esperaba yo menos de tí. Gracias, Alberto Fernan-Perez, gracias!.. (*Saliendo apresurado por la verja: se dirige hácia las ruinas y desaparece.*)

Alb. Vos lo habeis querido... Podeis considerar á vuestro amante tan seguro como en las cárceles del tribunal... Venid, venid aquí... Veis como corre? Pues es á su sepulcro á donde camina... á la muerte!! Ya ha llegado al sitio del combate... se ha mezclado en la refriega... (*Alberto tiene asida por el cuerpo á Elvira y la obliga á mirar; ella hace esfuerzos para desasirse.*)

Elv. Misericordia!

Leo. Señor... Por piedad!...

Alb Acércate... mírale... Le vés allí rodeado de soldados, peleando como un leon!.. Pues no importa: es uno solo.. y los otros son muchos.

Elv. Alberto... Sálvale... sálvale... y te entregaré gozosa mi mano!

Alb. Lo juras?....

Elv. Por lo que hay de mas sagrado en el mundo.

Alb. Pues bien, Elvira, yo tambien te lo juro. Si muere Cárlos, renuncio á tu amor...

Elv. Ah! Tu eres todavia generoso, Alberto... todavía... todavia te amo!...

Alb. Elvira!..

Elv. Pero... no te detengas.!. (*Al ir á partir Alberto, Leonor que ha estado observando desde la verja, vuelve apresurada.*)

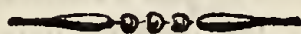
Leo. Ya no hay esperanza!.. ha sido preso!

Elv. Ah!.. (*Cae sin sentido en los brazos de Alberto.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO.



La misma decoracion que en el acto primero.

ESCENA I.

MARGARITA *sentada delante de una mesa, contemplando una carta que tiene en la mano.*

Marg. "Su sentencia os causaría un remordimiento eterno." Por mas que leo estas palabras, no comprendo su significacion... (*Tomando una pluma y yendo á escribir.*) Es preciso que yo firme, es necesario... (*Deteniéndose involuntariamente.*) No sé qué me detiene... un sentimiento indefinible... un temor... (*Dejando la pluma.*) ¡Guillermo de Nassau, el único hombre que he amado en este mundo, me ruega que no la firme si no quiero ser todavía mas infeliz de lo que soy!.. Mi nombre... mañana, y despues para siempre la eternidad!-Es suerte, es signo mio!... todos los que me rodeaban, me son arrebatados!.. Carlos, pobre Carlos!,. El principe de Orange preso tambien de órden del tribunal!... ¡Dios mio! (*Cubriéndose el rostro con las manos.*)

ESCENA II.

MARGARITA, *Un page.*

Pag. Una joven enlutada, desea hablar á V. A.
Marg. ¡Una joven !... ¿Quién es?
Pag. Lo ignoro, Señora.
Marg. No importa: dejadla que entre.

ESCENA II.

MARGARITA, *despues* ELVIRA.

Marg. Será alguna infeliz que vendrá á pedirme el perdon de su padre ó de su hermano, que estarán en poder de ese implacable tribunal. . Y no sabrá tal vez que Margarita de Austria tiene con él tan poco influjo, como el último de sus vasallos. Esta sentencia!.. Es preciso firmarla. De todos los reos, Carlos es el mas culpado!.. Insultó al tribunal, y esto es lo que jamas se le podrá perdonar... (*Toma la pluma, y al ir á escribir preséntase Elvira en la puerta, pálida, vestida de luto y cubierta con un velo.*)

Elvir. Deteneos, Señora, deteneos !... (*Corriendo á echarse á los pies de Margarita que suelta la pluma y se levanta sorprendida.*)

Marg. ¿Quién sois, hija mia?... Qué me quereis? (*alzándola el velo.*) Cómo ¡ Elvira de Vargas ! (*Haciéndola levantar.*)

Elv. Sí; la desventurada Elvira... V. A. perdonará mi desorden, señora, mi dolor y mi tribulacion!.. Cuando se tiene una pena acerba, en nada se piensa sino en desahogarla... Señora, por el amor de Dios, por el que teneis á vuestro hijo, salvad de la muerte y de la desesperacion á esta infeliz!

Marg. Esplicaos, Elvira, esplicaos.

Elv. Habeis amado alguna vez, señora?

Marg. (*Conmovida.*) Porqué es esa pregunta?..

Elv. Si habeis amado, compiendereis toda la amargura de mi corazon... Si no, no vais á comprenderme!..: Ah!.. sí, vos habeis amado, porque teneis los ojos arrasados en lágrimas!..

Marg. Elvira!.. Hablad!..

Elv. Habia un hombre que me queria tanto como yo á él; era desgraciado, era infeliz y solo hallaba consuelo confundiendo sus penas con las mias. Vivia para mí sola, y yo para él únicamente. Nos amábamos los dos con un cariño puro... entrañable!.. En nuestra desventura éra-

mos dichosos, en nuestra desgracia, felices. Ese hombre era page de V. A., era en fin Carlos.

Marg. Carlos!..

Elv. Y era virtuoso, era bueno, y por eso deseaba la felicidad de su patria. Seducido, deslumbrado sin duda, entró en una conjuracion: hizo armas contra los soldados de vuestro hermano, y en seguida cayó en poder de ellos y fué conducido á las càrceles del tribunal que preside mi padre.

Marg. Continuad.

Elv. Presentóse ante unos jueces sanguinarios, feroces... Se oyeron sus palabras con irrision; y el desdichado tuvo la desgracia de insultarlos. Habia pronunciado él mismo su sentencia de muerte!.. Aquellos hombres resentidos le condenaron al último suplicio, y quisieron que este fuese horroroso, terrible... Le condenaron á ser quemado vivo, á la hoguera!..

Marg. Qué quereis que haga yo por vos, hija mia?

Elv. No hay en Bruselas sino una persona que pueda oponerse al tribunal. Esa persona sois vos, señora!.. No firmeis la sentencia, no la firmeis!.. Acordaos de que Carlos era un súbdito fiel, un vasallo que si amaba à su rey, amaba tambien á su patria!..

Marg. Ignorais, Elvira, que ya no se obedecen mis òrdenes; que al lado de la condenacion del que amais esta mi renuncia del gobierno?..

Elv. Señora! No firmareis la sentencia, no querreis que yo muera tambien... porque no podria vivir sin Cárlos, como una planta no vive sin el agua que la refresca Unida está mi existencia á la suya; cortad el hilo de cualquiera de ellas, y los dos pereceremos.—Está conmovida V. A... ¿verdad que no firmareis la sentencia, señora?

Marg. Mi corazon desea tanto como el vuestro que se salve Cárlos... ¿Por qué le habia yo de querrer mal?... Yo os lo aseguro; si puedo salvarle, lo haré. Pero hay otra firma que vale tanto como la mia... la del duque de Alva.

Elv. Pues bien, iré á rogarle, á pedirle que perdone á mi Carlos, y no será insensible á mi dolor.

Marg. Quereis enternecer al duque de Alva!.. Habeis visto nunca que un tigre se enternezca?..

Elv. Dios mio!.. Ninguna esperanza!..

Marg. Ninguna! (*Tristemente.*)

Elv. Siquiera desearia descansar à su lado.. dormir junto á él en el sueño eterno... que nuestro lecho nupcial fuera la tumba... los cantos funerales los himnos de himeneo!

Marg. Elvira!..

Elv. (*Delirando.*) Sí; lo vereis, lo vereis!.. Qué necia soy en affigirme, cuando se abre la puerta del sepulcro, y con ella la del cielo, á los que tan infelices fueron en la tierra!.. Allí todo nos sonreirá. Seremos tan dichosos!.. No hay mansion mas segura que la tumba!.. La tumba... Qué dulce es esta palabra!.. Y yo tenia miedo de morir... de morir para ser tan dichosa...

Marg. Desventurada!..

Elv. Pero hay algunos suplicios bàrbaros, atroces, el puñal, la cuchilla... la hoguera... la hoguera!.. ay!.. ay... la hoguera!..

Marg. Hija mia, volved eñ vos.

Elv. La hoguera!.. Y se complacerán en sus tormentos, imitaràn sus gemidos! Se ha conocido jamas tribunal mas inhumano, mas horroroso que el consejo?.. Abrasar el cuerpo de la víctima y dejar luego que el viento arrebate sus cenizas, sus restos!.. Ni la esperanza de descansar juntos!.. ni siquiera esa esperanza!.. (*Pausa.*) Estoy loca... estoy loca... ó yo no sé lo que estoy!.. me habeis prometido salvarle si podeis... Señora, vos le salvareis... No lloraré ya mas. Quiero pensar en nuestra dicha... en el dia de nuestra union... Quiero quitarme este trage fúnebre... poner la corona de novia sobre mis sienes... y todas me tendràn envidia... y todas dirán: «Quién fuese Elvira!» Carlos me dará la mano, subiremos al altar... pronunciaremos un sí... el ministro del señor bendecirá nuestra union: habrá fiestas, saraos... Qué felicidad!.. qué dicha me espera!.. Perdóneme V. A... voy á adornarme, voy á ataviarme para parecerle hermosa... Leonor... Leonor... pronto... pronto... mi corona... mi velo... (*Està demente, y se entra apre-*

surada por la puerta del fondo: Margarita la mira, suspira y se enjuga las lágrimas.)

ESCENA IV.

MARGARITA, *sola.*

Infeliz!.. Ojalà no comprenda en adelante lo horroroso de la suerte que le aguarda. No, no llevará mi firma esta sentencia. Tendria yo valor para oir sus lamentos sin que se me despedazase el corazon?.. Me reprenderia mi crueldad... no, jamás... aunque lo ecsigiese mi hermano mismo no firmaria. (*Sentándose.*) Brillo seductor de los palacios!... Cómo se engaña el que cree que mora en ellos la dicha, los placeres! Bajo sus dorados techos habita el genio de la desgracia, del infortunio!.. Y hay tantos que ambicionan un cetro, una corona, un solio... Ah! mi corazon los deseó tambien en otro tiempo!..

ESCENA V.

MARGARITA, VARGAS.

(*Al ver Margarita á Vargas, se sienta con dignidad y espera á que aquel hable: viendo su silencio le pregunta con impaciencia.*)

Marg. Qué quereis?
Varg. Venia á tomar las órdenes de V. A.
Marg. Ninguna tengo que daros. (*Pausa.*) Se os ofrece algo mas?
Varg. Esta mañana tuve el honor de poner en manos de V. A. las sentencias del tribunal para que os dignàsceis firmarlas.
Marg. Alli estan.
Varg. Firmadas?
Marg. Firmadas. (*Nueva pausa: Vargas se dirige á la mesa y toma de ella varios papeles que examina.*)
Varg. Perdóneme V. A. pero aquí hay una que no lo está.

Marg. Ni lo estará: quiero usar por última vez de la prerogativa que me compete.

Varg. (*Con risa sardónica.*) Queréis usar de ella por la última vez? Imposible, señora.

Marg. Quién os lo ha dicho?

Varg. La ley.

Marg. La ley?.. De esa palabra usais siempre para cohonestar los crímenes que cometeis à su sombra. La ley!.. Para vosotros es una palabra vana, que solo invocais para satisfacer enconos, para consumar venganzas.

Varg. Ignoro las causas que motivan ese lenguage de V. A. He conocido que en cambio de mi sincera adhesion á mi rey, a mi pais y á la regente, solo merezco de vos un odio inveterado. (*Pausa.*) Me atreveré á suplicaros que firmeis la sentencia de que os hablo?

Marg. Ya he dicho que no la firmaré.

Varg. No la firmareis?..

Marg. Os lo repito, ni vuestras súplicas, ni vuestras amenazas me harán cambiar de resolucion.

Varg. Mis amenazas? Dios me libre de hacéroslas jamás!.. Sin embargo, si me obligais á ello me veré en la precision de deciros que ya no mandais sola en Bruselas, que en su recinto está el duque de Alva, y que el duque de Alva es inflexible.

Marg. Pronto dejaré no solo esta silla, sino tambien el suelo de la Flandes... No tengo ambicion, no tengo sed de mando... Cuando me encargué de la regencia del pais lo hice por órden de mi hermano: he obrado segun me dicta mi conciencia, y ni un crímen, ni un remordimiento la atormenta ni la atormentarà. (*Señalando la mesa.*) Allí està estendida en debida forma mi dimision, despues de los últimos sucesos en que he visto menospreciada mi autoridad, hechas objeto de ludibrio mis órdenes, ni podia ni debia permanecer desempeñando las altas funciones de mi cargo. Contenta y tranquila deposito en mejores manos las riendas del poder, y hago fervientes votos al Omnipotente, porque mejore la suerte de estos desgraciados habitantes. Pero cuando descienda de la silla que ocupo todavía, no perderé ni mi nombre ni mis honores: mientras no haya puesto

al pie de aquel escrito «Margarita de Austria» aun exijo que se respeten y se cumplan mis órdenes, é ínterin no se haya abierto para mí la tumba, quiero que se me trate como á hermana de Felipe II. Por lo tanto, clara y esplícitamente os digo, que no firmaré la sentencia.

Varg. Hay ocasiones en que un fiel vasallo debe esponerse al resentimiento de su señor, por manifestarle lo que conviene á la salud de la patria. Otras hay igualmente en que para salvarle de un precipicio, de un riesgo inminente, es forzoso usar de un lenguage quizás un poco duro... (*Pausa.*) En este caso me hallo yo, señora.

Marg. Cómo?

Varg. La conducta de V. A. no ha merecido la aprobacion de los católicos, ni mucho menos la del consejo ni la del tribunal. Unidos todos podemos esponer reverentemente al rey, que su hermana no ha correspondido á lo que de ella se esperaba; que con un sistema de nociva indulgencia ha aumentado los sediciosos en vez de estinguirlos: que tal vez ha hecho causa comun con ellos.

Marg. Os atreveríais?.. Bien!.. hacedlo: Felipe II es mi rey; pero Felipe II, es tambien mi hermano.

Varg. Sin embargo, si Margarita ha favorecido á los rebeldes, si ha violado los edictos del consejo, si ha desoido los mandatos de su rey, puede ser juzgada como el último de sus vasallos.

Marg. Juan de Vargas!.. Me habeis ultrajado.. me habeis insultado villanamente..: mañana, mañana mismo me presentaré yo ante el consejo y pediré vuestra vida por haber faltado al respeto en mi persona, á vuestro monarca, á vuestro soberano.

Varg. (*Con calma.*) Bien, señora, bien: pero antes permitame V. A. que la presente este crucifijo que creo ha de reconocer. (*Sacando del pecho con una risa sardónica el crucifijo que llevaba Cárlos.*)

Marg. (*Muy agitada*) Jesus mil veces!.. quien os lo ha dado?..

Varg. Lo reconoceis?

Marg. Sí.... fué mio!.. Quién os lo ha dado?.

Varg. Una noche, hará veinte y dos años, salió de este palacio un hombre con un bulto debajo de la capa: este hombre era un criado del principe de Orange... lo que contenia el bulto no se sabe de cierto... Hace pocos dias que llegó á mis manos este crucifijo...

Marg. (*Fuera de sí.*) Ah! No prosigais!... (*En la mayor agitacion y dejándose caer de rodillas á los pies de Vargas y contemplando la efigie de Cristo, que se lleva repetidas veces á los labios.*)

Varg. Bien lo veis: tengo en mi poder vuestra honra, vuestra consideracion, hasta vuestra vida. Podria prevalerme de esto para perderos: no lo haré, y solo exijo que firmeis esta sentencia.

Marg. Abusais de mi situacion! de mi infortunio... Qué diria el que supiese que os habeis aprovechado de la infelicidad de una débil muger, para que á costa de un decreto sanguinario, echeis un velo sobre su deshonra?.. Y esta muger que está ahora á vuestras plantas como el reo á las del juez que le ha de sentenciar, es hermana de vuestro soberano... es hermana del mayor monarca de la tierra!.. Qué vergüenza!.. (*Levantándose.*) No, no mas humillaciones.

Varg. Desde que dísteis à luz aquel hijo del dolor, no le volvísteis á ver... desde entonces le habeis abandonado... no habeis llorado en sus brazos ni él en los vuestros... y ese hijo que quizás mora en una choza, es el sobrino del rey de España, es el descendiente de los príncipes de Orange...

Marg. Callaos, callaos... Sabeis dónde está?.. dónde? decídmelo... iré á estrecharle en mis brazos... à bendecirle!... Oh!.. soy su madre!

Varg. Sí, lo sé... le conozco... gozareis de un deleite sin igual... abrazar al que jamas se ha abrazado... llorar con el que nunca se ha llorado!..

Marg. Decidme donde está: os lo mando!.. os lo ruego!..

Varg. Firmais?

Marg. Siempre condiciones!..

Varg. Firme V. A. ó no abrazará á su hijo, y mañana todo el mundo..,

Marg. (*Fuera de sí.*) Mañana!!. Mi hijo!.. (*Llegándose á la mesa y firmando.*) Tomad. (*Dándole la sentencia.*) Decídmelo ahora.

Varg. Os lo he ofrecido... pero pensad que esto vá á haceros tal vez mas desgraciada... que vá á llenaros de remordimientos..

Marg. (*Muy agitada*) No importa!.. quiero saberlo!.. hablad.

Varg. He cumplido con mi deber... os lo he advertido... quizá os arrepintais despues de ese deseo...

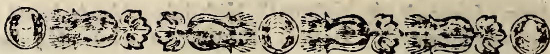
Marg. Acabad.

Varg. Señora, habeis firmado la sentencia de vuestro hijo.

Marg. Ah!.. maldicion sobre vos!.. (*Cae desmayada sobre el sillon*)

Varg. (*Mirando con sonrisa la sentencia que lleva en la mano.*) Guillermo de Nassau! Ya estoy vengado!.. (*Sale por la puerta del foro.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.



ACTO QUINTO.



Un salon en el tribunal; en el fondo una gran puerta: una tambien á cada lado. La de la derecha conduce á las prisiones, y la de la izquierda comunica con el palacio de la regencia.

ESCENA I.

Guillermo de Nassau, *sentado junto á una mesa y tristemente apoyado en ella;* Alberto *á su lado en pie.*

Alb. Está demente la infeliz: cree que hoy debe unirse á Carlos... ha querido que la engalanen para la ceremonia nupcial, y ella misma ha ceñido su frente con una corona de rosas blancas. No piensa sino en la dicha que la espera, en lo feliz que será, y quizá cuando va á abrirse el sepulcro tambien para ella.

Guill. Desventurada!.. Decidme nó queda ya esperanza alguna de salvarle?

Alb. La duquesa ha firmado la sentencia: las lágrimas y súplicas de Elvira no han producido el menor efecto. Sin embargo despues de haber tenido una larga conferencia con mi tio, sumida en la mas honda desesperacion, se ha dirigido á todos los jueces y ha pretendido anular el decreto de muerte. En vano se ha presentado en el tribunal: en vano ha hecho ver las prerogativas que la competen... se le ha respondido que el delito de Carlos solo puede perdonarle aquel que es el ofendido, y que por lo tanto hoy mismo á las doce sufrirá el infeliz el suplicio de la hoguera.

Guill. La hoguera!... (*Oyese un relox que da las once.*) Una hora!... Unicamente una hora!.. (*Pausa.*) No he dudado en confiarme á vos, Alberto; el pobre Carlos me ha dicho que puedo hacerlo... pero si no me engaño ha po-

cos dias que erais su mayor enemigo... y ahora os veo tan solícito, tan cuidadoso por su vida...

Alb. Es un secreto que yo os descubriré!.. Habeis de saber, señor, que mi madre era una pobre muger, una plebeya que todos despreciaban, pero esta plebeya era hermosa... Objeto de los deseos de un noble, no tuvo suficiente energia para resistirlos: sucumbió, y un año despues desapareció su seductor con el niño, fruto de sus amores... el seductor era mi padre, el hijo soy yo. (*Amargamente.*)

Guill. Continuad.

Alb. Jamás me reveló mi origen aquel á quien debí el ser, y todavia era muy jóven para sentir su pérdida cuando bajó al sepulcro lleno de remordimientos. Un dia hallé entre sus papeles una carta escrita á poco tiempo de haber nacido yo; era de mi madre: quejábase de la frialdad que notaba en su amante, y le rogaba que jamás la separase de su hijo. Aquella carta me lo hizo conocer todo: desde entonces busqué á la desdichada que me habia dado á luz, y el acaso me la hizo encontrar. Estaba yo sentado una tarde delante de la hermita inmediata á Malinas, con la carta entre mis manos, besándola y llevándola á mi corazon, con el dolor propio de un hijo que no ha conocido á su madre, cuando vi salir del santuario á una muger morena, no por naturaleza, sino por sus sufrimientos y sus desgracias. Hallábase en la mas espantosa indigencia; sus vestidos rotos y mugrientos cubrian apenas su cuerpo curtido por los rigores de la estacion; sus cabellos cenicientos caian en descompuestas guedejas sobre su pecho y espalda, secos como el árbol sin riego... Dirigíase á mi á rogarme la socorriese, despues de haber suplicado al hacedor; pero al ver en mis manos aquel escrito, lanzó un gemido y cayó desmayada a mis pies. ¡Era mi madre... aquella muger vieja y astrosa, que pedia limosna, que vagaba buscando à su hijo... era mi madre!.. Pero quedabala á la infeliz poco tiempo de ecsistencia. Despues de haberme buscado en vano, despues de recorrer mendigando las villas y las ciudades, los lugares y las aldeas, cantando en las plazas para ganar su sustento, diciendo

la buena ventura como las gitanas, durmiendo en el duro suelo, y siempre llorando, habia llegado á un lugarcillo inmediato á Bruselas: alli intentó pasar por hechicera, predijo su destino á un pobre muchacho que murió al dia siguiente, y apoderándose de ella los padres quisieron quemarla por bruja. Estaba la desgraciada atada al tronco de un àrbol, destrozados sus miembros con las ligaduras, atormentado su espíritu con sus pasadas desdichas: tenia sed y no habia una mano caritativa que la alargase una gota de agua: tenia hambre y no habia quien la diese un poco de pan. Y en tanto, delante de sí veia la hoguera que la habia de consumir, y detras la eternidad y la justicia de Dios. De pronto esparcióse la mayor alarma en todo el pueblo: una gran parte de él se habia revelado contra Felipe: corrieron todos á tomar las armas, y dejaron á la supuesta hechicera atada del arbol. Forcejeaba la infeliz por desasirse y sus miembros se laceraban: gritaba, pedia auxilio y su voz enronquecia, y nadie la escuchaba. Hallabase en aquel estado de desesperacion, en el que la muerte no es nada, lo presente todo, cuando sintió desatar los lazos, cortar sus prisiones, al mismo tiempo que le alargaban una mano... Levantóse apresurada: un jóven como de diez y ocho años era su libertador: traíala agua, la traia pan... la traia tambien un escudo! Bendíjole mi madre; deseóle todas las felicidades posibles, y le dió la mitad de lo que poseia, la mitad de un rosario con que rezaba... Suplicóla el jóven que huyese, y con el corazon lleno de reconocimiento se salvó la infeliz. Esto me lo contó ella misma, y me enseñó la otra mitad del rosario, encargándome que buscase é hiciese dichoso á aquel que la habia salvado la vida. Yo se lo juré... mas la prometí, que antepondria su suerte á la mia. Dos dias despues murió mi pobre madre. (*Con desconsuelo.*)

Guill. Y desde entonces...

Alb. Desde entonces busqué en valde á su libertador. No le encontré. Al lado de mi tio se habia viciado mi corazon... no era yo el mismo que antes... Elvira me prometió su mano con tal de que salvase à Cárlos, ¿y con

objeto de hablarle bajé á su prision. Oraba el reo, tenia en la mano medio rosario.. el que le dió mi madre... Cárlos era el que la habia libertado.

Guill. ¡Es posible!...

Alb. ¡Si: era él!... habia hallado al que hasta entonces busqué en vano, y jure salvarle... y le salvaré ó moriré con él.

Guill. ¡Le salvareis!... Ah!... Eso es dificil.

Alb. Quizás no tanto como pensais. (*Bajando la voz.*) He escitado al pueblo, he promovido una sedicion... Si no hay otro medio asaltaremos estos muros... incendiaremos el edificio.. Y venceremos porque peleamos por una causa sagrada.

Guill. Prodigad el oro, nada temais: cuanto tengo es vuestro. Marchad, no perdais tiempo: mas vale que sea cuanto antes... y acordaos de que libró á vuestra madre... corred amigo mio, corred á salvarle. (*Le alarga la mano, Alberto se la estrecha.*) Apresuraos, invocad al pueblo en nombre de la libertad. (*Alberto le saluda y marcha.*)

ESCENA II.

GUILLERMO, *luego*, ELVIRA, LEONOR.

Guill. (*Levantándose y paseando agitado.*) El pueblo!.. el pueblo es siempre nuestra esperanza: siempre el móvil de nuestras pasiones!... Si halagamos su ambicion, si la satisfacemos, nos prestará todo su apoyo, pero si tratamos de poner coto á ella, seremos las primeras víctimas. No sé por qué creo que de nada ha de servir está vez su auxilio... quizás sea tardío... quizás sea vano... Margarita... Margarita!... ¿Dejarás perecer á tu hijo?... (*Elvira aparece en la puerta luchando con los guardias que no la dejan entrar. Viene vestida de blanco; velo en la cabeza y corona de rosas blancas; un ramillete en la mano.*)

Elv. Vamos, dejadme... Si he de entrar!...

Leo. No, hija mia, volvamos à casa.

Elv. Tengo que buscarle... no le he visto hoy... (*Adelan-*

tándose y viendo á Guillermo que está de espaldas.) Allí está... Mírale... ¡Cárlos!... Ah! no es.

Guill. ¿Qué queriais, Elvira?

Elv. Buscaba á Cárlos... ¿Sabreis decirme donde está?... Hace tanto tiempo que no le veo!... Ayer... no, antes de ayer... tampoco... hace tres dias.. mas hace... Ni me acuerdo de cuando le ví por última vez... Pero dentro de poco nos uniremos para nunca, para jamás separarnos... (*Abrese la puerta del fondo: aparecen varios jueces: detras vienen seis hombres con otros tantos escaparates en que llevan las túnicas para los reos: en seguida una comunidad de religiosos con hachas encendidas, y por último cerrando la marcha, guardias y alabarderos reales. Este fúnebre cortejo atraviesa pausadamente la escena, y se dirige á la derecha; ábrese la puerta de este lado, y entran todos por ella.*)

Guill. ¡Dios mio!!! (*En la mayor consternacion.*)

Elv. (*Que se ha puesto en un lado estrechando á Leonor espantada.*) ¿Qué es esto? (*Al pasar un guardia por junto á donde está Guillermo, se dirige á otro que va á su lado y le dice.*)

Un guardía. Han acelerado la hora de la ejecucion .. será á las once y media... Como dicen que el pueblo trata de amotinarse... Harto será que no tengamos que hacer uso de nuestras alabardas. (*Entran: vuelven á cerrarse las puertas: Guillermo levanta los ojos al cielo en la mayor afliccion.*)

Guill. Ya no hay esperanza.

Leo. Vamos, hija mia, vamos de aqui.

Elv. Me habia asustado!.. Como no me acordaba de que estámos en las cárceles... Va á haber sin duda alguna egecucion... ¡qué contraste!.. Cuando van á resonar para nosotros los himnos de himeneo, van á dejarse oir tambien las plegarias de muerte!

Guill. (*Mirándola con compasion.*) Llevaosla, llevaos á otra parte á esa infeliz.

Elv. De hoy mas seré tan venturosa!... En una choza, en un desierto, hallaré la felicidad si está allí Cárlos... Lejos del bullicio y de las intrigas del mundo, gozaré de la dicha de ser amada... Porque habeis de saber, señor,

que me ama tanto mi pobre Cárlos... Todavia mas que á vos... oh! El me lo ha dicho... no habrá querido engañarme ¿verdad?...

Leo. Vamos, Elvira, vamos. (*Haciendo por llevársela.*)

Elv Oh!... no, no... he de esperar aqui á que venga Cárlos... no puede tardar... ¡Qué envidiosos estarán las jóvenes al verme subir las gradas del altar, con las insignias de novia, y apoyada en el hombre mas hermoso de la Flandes!.. Cuando despues de pronunciado el sí resuenen los cánticos sagrados, ¡cuán satisfecho se sentirá mi corazon!.. (*Comienza á oirse á lo lejos el sonido fúnebre de las campanas que anuncia va á comenzar á salir la comitiva.*)

Guill. Esa es la señal!.. Anciana, lleváosla.

Leo. Elvira!.. Elvira!..

Elv. Ois?.. Se acerca la hora.. ya suena la campana que anuncia mi ventura... dentro de un momento nos hallaremos unidos para siempre...

Guill. Puede ser!

Elv. Acompañadme vos tambien, señor... entonces nada faltará para satisfacer mi orgullo.. venid, príncipe de Orange... no retardeis el instante apetecido... todavía se me figura que no ha de llegar... ¿Escuchais el acento de la campana? vamos, Leonor, vamos, llevame al templo.

Guill. Aprovechad este momento: marchad... (*Al ir á hacerlo se abre la puerta de la derecha, y vuelve á aparecer la comitiva lo mismo que antes: los reos van entre dos religiosos que les presentan un crucifijo; el último es Cárlos: dos frailes le sostienen tambien, y llevan á su boca un crucifijo de metal: cierran la marcha los alabarderos reales. A alguna distancia vienen entre numerosos soldados los condes de Egmont y de Horn sentenciados á ser decapitados. Guillermo se deja caer en un sillon: Elvira como por un movimiento indeliberado se pone de rodillas: Leonor procura en vano arrancarla de aquel sitio.*)

Leo. Dios mio!.. Vá á espirar la infeliz!..

ESCENA III.

Dichos, los condes de EGMONT *y de* HORN, CARLOS, REOS, RELIGIOSOS, ALABARDEROS REALES Y SOLDADOS. (*El sonido de la campana no se interrumpe hasta que ha salido la comitíva fúnebre.*)

Un fraile. Confiad en Dios, hijo mio, él es clemente y os salvará. (*Comienzan á salir por la puerta del fondo. Elvira los mira con espanto. Cárlos viene el último: al verle aquella, lanza un grito terrible y se precipita hácia él.*)

Elv. Ay!!! Cárlos!..

Car. Elvira! (*Apoyándose en los religiosos y llevando á sus labios el Cristo con el mayor fervor. Elvira se arranca la corona y el velo y los tira al suelo, asi como el ramillete, y pasándose la mano por la frente parece como coordinar sus ideas.*)

Elv. Me han engañado! A dónde te llevan! (*Corriendo hácia Cárlos.*) A dónde vás?

Car. Adios, Elvira, adios. (*Marchando.*)

Elv. Qué... será posible... Dios mio!.. misericordia... misericordia! (*Cae desmayada.*)

Cár. Elvira!.. (*Siempre marchando.*)

Un fraile. Hijo mio, pensad en vuestro salvador.

Leo. Elvira mia!.. Elvira... (*Se la llevan.*)

Horn. Guillermo!.. (*Viéndole.*)

Egm. Príncipe!.. (*Este los abraza en silencio.*)

Horn. Adios!..

Egm. Cuida de mis hijos, Guillermo... Hasta el dia que nos encontremos en mejor vida. (*Parten: Guillermo se vuelve á dejar caer en el sillon, y se cubre el rostro con ambas manos: todas las puertas se cierran de nuevo: momentos de silencio, en el que solo se oye el sonido de la campana y el murmullo del pueblo.*)

ESCENA IV.

GUILLERMO, *á poco* MARGARITA.

Guill. (*Levantando la cabeza dolorosamente.*) Han partido!.. vá caminando al cadalso... dentro de una hora no quedarán mas que cenizas que arrebatará el viento.. ni el consuelo de estrecharle en mi seno... Solo Elvira, únicamente ella ocupó su pensamiento, y olvidó à su infeliz padre... Desventurado!.. (*Volviendo á cubrirse el rostro con las manos y ahogando sus sollozos: despues de una pequeña pausa se abre la puerta de la izquierda y Margarita pálida y desencajada, vestida de luto y cubierta con un velo, dirige una mirada dolorosa á la escena, y se echa á los pies de Guillermo que la contempla un momento con desden y luego vuelve á cubrirse el rostro. Ha dejado de oirse la campana.*)

Marg. Guillermo!.. Nuestro hijo!..

Guill. Qué decís, señora? He oido bien?.. No habeis dicho nuestro hijo?

Marg. Sí, todo lo sé... Cárlos... el desdichado... Guillermo!.. Es nuestro hijo!..

Guill. Todo lo sabeis?.. Y le dejais que marche, que corra al suplicio con la indiferencia, con la serenidad de un verdugo!.. Apartaos, señora, apartaos... no podeis concebir el horror que me causais!.. (*Apartándola de sí con enojo.*)

Marg. (*Sollozando.*) Sois muy injusto, Guillermo, sois muy injusto!. Cuando venia á llorar con vos, á hablar de esa prenda de mis entrañas, del hijo de mi vida... me arrojais de vos inhumananamente! En vez de aplicar bálsamo á mi herida, os complaceis en desgarrarla, en derramar hiel sobre ella... esa es mucha crueldad, verdaderamente es mucha crueldad.

Guill. Crueldad! Y os atreveis vos á hablar de crueldad!.. Vos que podiais haber salvado á ese infeliz, vos que erais la única capaz de libertarle!... ¡Crueldad!.. Y le dejais marchar al cadalso, á la muerte... á una muerte horrorosa, terrible, de la que la naturaleza se estremece,

á la hoguera, suplicio intentado por el mismo satanás!... ¿Tener yo compasion de vos?... No... ojalá sufrais los tormentos mas espantosos, los remordimientos mas acervos... Ojalá que ni en el sueño goceis de tranquilidad!... Sí: vereis siempre á aquel desdichado tendiendo los brazos hácia vos, pidiéndoos ausilio, socorro, dejándole marchar á la muerte, cuya sentencia firmasteis vos... creereis presenciar sus angustias, ver sus miembros consumidos por el fuego; y oir su voz tremenda, horrorosa, que os gritará: «Madre mia, yo te maldigo!»...

Marg. Oh!.. La muerte es mil veces preferible al tormento de otros. ¿Qué ha hecho esta infeliz para padecer lo que está padeciendo?... ¿Es culpa mia si la fatalidad preside á mis acciones, si mi destino es ser desventurada?... No somos solos vos y yo, Guillermo, los dueños del secreto... hay otro, otro que os odia, otro que deseaba vengarse... y ese hombre me alhagó con la idea de abrazar á mi hijo ó de publicar mi verguenza y perderos... puso por condicion la sentencia de Carlos... me dijo que le abrazaria... ¡Hijo de mi alma!... ¿Sabeis lo que es el corazon de una madre que nunca abrazó al fruto de sus amores, que solo vive, que solo respira pensando en el instante en que vivirá, en que respirará estrechándole en su pecho, gozándose en sus caricias, y fundando toda su dicha en su afecto?.. No lo sabeis: sino no hubiéseis destrozado el corazon de esta desventurada.

Guill. ¿Y sabeis vos lo que es tener un objeto, un solo objeto en que fundar su esperanza, amarle mas que á su vida, dedicar esta únicamente á conservarlo, mirarse en él como en su espejo, consolarse con él nada mas en el mundo, no ambicionar mas bienes ni mas riquezas que su cariño, y ver desaparecer este objeto, este hijo, sosten de su vida, su sola esperanza, por mano de la que le dió el ser?.. Tampoco vos sabeis esto, Margarita, y por eso estrañais mis palabras.

Marg. No, no... concibo vuestro dolor, vuestra desolacion; pero comprended el mio, el de esta infeliz madre. ¿Por qué me ocultásteis que vivia?.. Por qué no me dijisteis

existe, y hubiera abdicado mi puesto y mi clase, mi familia y mis deberes, para correr á un rincon del mundo donde poder llamarme su madre?... Contenta hubiera vivido con él en una cabaña, en una roca, ganando mi alimento, tegiendo mis vestidos, y velando el sueño del hijo de mis entrañas. ¿Y á esta desventurada la habeis deseado la maldicion del cielo y los tormentos del infierno, como si no fueran bastante horrorosos los que padece?.. Ah! Jamas, jamas os lo perdonaria si no conociera yo tambien lo que vos sufrís.

Guill. ¿Es posible?.. ¿Conque no supísteis hasta despues de firmada la sentencia?..

Mar. Yo os lo juro!

Guill. Siquiera tendré ese consuelo!.. Porque no podiais concebir, Margarita, el horror que se habia apoderado de mi corazon, el odio que os habia cobrado. Ah!.. Gracias á Dios!.. Ninguna responsabilidad pesará sobre vos, porque nada sabiais... Sino hubiera sido un crímen atroz... ¡Condenar á muerte una muger al hijo que dió á luz! .

Marg. Ah!.. Callaos, callaos, Guillermo... Y mientras perdemos asi el tiempo, marcha el desventurado á su última hora... Cada paso que dá, es otro escalon del cadalso que sube; cada minuto que pasa está contado en su existencia... Quizas aun no será tarde!.. Corramos... vos teneis prestigio en el pueblo... sublevémosle... unámonos á los descontentos...

Guill. ¡Correr!.. ¿Ignorais que estoy preso, que todas las puertas estan guardadas y llenas de cerrojos?.. ¿Ignorais que mañana tal vez llorareis la pérdida del padre de ese hijo que hoy llorais?.. Margarita, Margarita... huid vos, porque en esta ciudad de maldicion, ya ni está segura la hermana de Felipe II.

Marg. ¿Huír yo mientras perece ese infeliz en los tormentos mas espantosos?... ¿Para qué quiero yo ya la vida?... Pero no, aun podemos salvarle... seguidme, Guillermo esta puerta comunica con las habitaciones de palacio.. saldremos... yo gritaré si preciso fuera „muera Felipe" porque si Felipe es mi hermano, Carlos... es todavía mas... ¡Es mi hijo!...

Guill. Imposible, eso es imposible, señora. ¿Con qué apoyo contamos?... ¿Con qué ausilio? Vuestros mismos soldados se volverian contra vos... ¡Son tan fieles vuestros soldados á su rey!... Es inútil, os perderiais y no lograriais salvarle...

Marg. Pues bien, escitemos secretamente al pueblo... yo daré todas mis riquezas, mis diamantes... todo... Sí, Guillermo, todavía será tiempo... la egecucion debe ser muy larga... son muchas las víctimas!...

Guill. Tranquilizaos.. debo confiaros mi secreto... Alberto Fernan-Perez se ha puesto á la cabeza de los descontentos... deben dar el grito en el instante... correr al sitio de la egecucion, arrancar las víctimas de entre las manos de sus verdugos... ¡Maldicíon!... ¡Quizás sea tarde!... ¡han adelantado la hora! (*Rumor en el pueblo; gritos, murmullos*) No... no... todavía es tiempo... creo que vienen...

Marg. Sí... sí... ¡Bendito sea Dios!... Oh!.. le salvarán... le salvarán. (*Crece el tumulto: óyense voces é imprecaciones.*) ¿No oís?

Guill. Vuestra vida está en peligro... huid...

Marg. No, no: dejad que me maten... Esos gritos me son mas lisongeros que sus aclamaciones.

Guill. Desois la voz de la prudencia, señora?

Marg. Solo oigo la de mi corazon que me dice debo quedarme. Viertan mi sangre con tal de que no se derrame la de mi hijo. (*Cada vez se aumentan mas los vivas al príncipe y los mueras á Margarita: se oye el rumor del combate entre el pueblo y los soldados, y los golpes que dan para derribar la puerta de las prisiones.*)

Una voz. Una tea, una tea y acabaremos mas pronto.

Muchas voces. Sí, sí... fuego, fuego...

Otra. No, no: dadme una maza y pronto caerá.

(*Oyese un gran golpe como de caer una puerta, y pisadas de hombres que suben la escalera apresuradamente.*)

Guill. Señora, huid por ¡Dios. (*La puerta del salon comienza á retemblar bajo los golpes de los sublevados. Grito general de viva el príncipe de Orange.*) Ya están ahí.

Marg. Poneos á su cabeza, Guillermo... corred á salvar á nuestro hijo. (*Cae la puerta: un pueblo inmenso y armado de puñales, picas y mazas aparece mandado por Alberto Fernan-Perez, y entra precipitadamente en la escena.*)

ESCENA V.

Dichos, Alberto Fernan Perez, *pueblo.*

Todos. Viva Guillermo de Nassau!

Guill. Gracias, amigos, gracias... Pero corramos á libertar á los desgraciados que van á ser víctimas del mas atroz despotismo... Corramos. (*A Alberto.*) A vos os encargo de S. A. la Regente; que se la venere segun merece por sus virtudes; que se la respete segun le es debido por su clase. (*A Margarita.*) Adios, señora, voy á salvar á Carlos (*Por lo bajo.*) Pronto le abrazareis. (*Un sublevado le alarga un broquel y una espada.*) Partamos.

Todos. Viva Guillermo de Nasau.

Alb. No perdais un momento. (*Óyese el sonido fúnebre de la campana que anuncia haberse consumado la egecucion.*)

Marg. Dios mio!..

Guill. Ya es tarde!..

Marg. Hijo del alma! (*Cae desplomada.*)

ESCENA ULTIMA.

Los mismos, Juan de Vargas, *y soldados.*

(*Al oir la campana se manifiesta en el semblante de todos el mayor terror; á este sentimiento sucede otro mas vivo de arrebato; vibran los sublevados sus armas y se disponen á salir; pero al ir á hacerlo aparece en la puerta del fondo Juan de Vargas rodeado de soldados que se oponen á su paso.*)

Subleo. Venganza! (*Yendo hácia la puerta.*)

Varg. Justicia! Daos todos ó pereceis.

Subleo. Muera el tirano!..

Todos. Muera!.. (*Algunos sublevados se avalanzan á Vargas, le arrancan de entre los soldados, y le dan de puñaladas. Los guardias huyen despavoridos.*)

Varg. Ah! (*A Guillermo, á cuyos pies ha venido á caer.*) Muero... pero ven...ga...do!! (*Espira.*)

FIN DEL DRAMA.